

# **HÁGASE LA LUZ**

**M<sup>a</sup> Dolores Figueras**

## INDICE

Dedicatoria .....	3
Raíces .....	5
Infancia.....	6
Temores .....	9
La filosofía de Luis.....	9
Preguntas sin respuesta .....	12
Rebeldía .....	13
Liberación.....	14
Indagaciones .....	15
La hora del encuentro.....	17
Reflexiones.....	19
Perplejidad .....	20
Maestros.....	22
Pablo de Tarso .....	24
Testigos de Jehová.....	26
La gran alternativa.....	29
La humanidad y sus dioses .....	31
De las memorias de Dora .....	34
Final de trayecto .....	42
La senda iluminada.....	45

## DEDICATORIA

Esta modesta obrita va dedicada a mis deudos y a toda mi dilatada familia espiritual, a quien he ido encontrando a lo largo de esta existencia; un número importante de personas que hablamos un mismo lenguaje, compartimos aspiraciones análogas, estudiando y analizando, a la luz del Espiritismo, porqué nacemos, morimos y renacemos.

Hermanos y hermanas del alma, a la hora de terminar este trabajo, me siento dichosa por teneros a mi lado y saber que, aún sin mediar palabras, nuestros espíritus entablan el más cordial de los diálogos sobre las eternas verdades que tanto amamos. Uno a uno vuestros rostros y nombres van desfilando ante mí. A nadie olvido y quiero que sepáis que siento muy cerca vuestra entrañable presencia. Por el probado hecho de aceptar la esencia de mis más caros anhelos, os asiste el legítimo derecho de conocer, hasta lo más profundo, las ansias que mueven y alientan mi espíritu.

Resulta desolador sentirse huérfano, indefenso, y no poder esperar que un Amor Paternal, nos proteja y nos arrulle en sus brazos, transmitiéndonos el calor de la auténtica Vida. Ninguno de nosotros nos cuestionamos, ya, la existencia de Dios. Sabemos que tenemos un Padre, que nuestra estirpe es divina y lógicamente somos poseedores de Vida indestructible. Tal condición, sin embargo, la ignoran muchos humanos. Es menester preguntarse el por qué de tan frecuente desconocimiento e indagar la causa que provoca incredulidad, indiferencia, ateísmo, en una palabra, el frío del alma. A menudo, la mayoría de las personas están tan ateridas que ni siquiera notan que les falta el calor de la esperanza. Pero algunas se debaten entre la duda y el deseo de que alguien o algo dé respuesta a sus preguntas.

A esas personas que buscan, que llaman a la puerta de la razón, es preciso atenderlas a fin de que su súplica no sea inútil, y puedan descubrir por sí mismas la grandeza de las leyes divinas.

Al mismo tiempo es obligación inexcusable, denunciar donde germinan las semillas de la confusión para que sean convenientemente tratadas.

Es fácil deducir que, prácticamente, todos los indiferentes en materia espiritual proceden de ambientes religiosos. ¿Por qué razón las religiones representan un fértil cultivo donde proliferan incrédulos e indiferentes, en particular entre las nuevas generaciones?

La evidente anomalía está en el conglomerado de sus incoherentes enseñanzas, poniendo de manifiesto las claras contradicciones que deforman la verdadera naturaleza de Dios. Se insiste en mantener vivo, en la actualidad, un Dios arcaico, antropomorfo, creado a imagen y semejanza de los hombres, puesto que se le atribuyen idénticas debilidades.

Basta que nos remitamos a los orígenes del Génesis Bíblico, para comprobar que Dios se arrepintió de haber creado al hombre y tanto le decepcionó este infeliz mortal con sus desobediencias que, quizá con intento de subsanar las deficiencias de su obra, a este "Dios" así entre comillas, no se le ocurrió mayor solución que enviar un diluvio para raer, de la faz de la tierra, todo ser viviente. Parece que tan sólo salvó a Noé y su familia, sin conseguir con ello mejorar a la raza humana. Notemos que tales hechos, de ser ciertos, pregonarían la incompatibilidad de los mismos, con todos los atributos, en grado infinito, inherentes al Creador. Es obvio que la Infinita Sabiduría, por ejemplo, no pudo sufrir un lapsus y crear una humanidad de la que desconocía sus limitaciones.

Mil inquietantes preguntas nos asaltan al observar las dispares situaciones con que hombres y mujeres nos enfrentamos a diario. Cataclismos naturales, salud, enfermedad, riqueza, miseria, inteligencia, perturbaciones mentales e incluso la muerte de recién nacidos frente a longevidades no siempre envidiables, dada la precaria calidad en que transcurre la vida de esas personas. El sufrimiento humano sigue siendo una incógnita para la mayoría de los mortales.

Lo verdaderamente grave es ignorar que este inmenso y aparente caos de desorden, de acuciantes contratiempos, está regido por una ley natural justa e inamovible. La ley de acción y reacción. Reencarnar significa tener la oportunidad de sembrar con entera libertad, para cosechar,

más tarde, los frutos de nuestros actos. Indefectiblemente, la naturaleza de nuestros sentimientos y forma de comportarnos, creará en la medida precisa, el escenario idóneo donde se reunirán las condiciones a través de las cuales podremos adquirir el Equilibrio espiritual. Para evolucionar tenemos todo el tiempo que necesitemos, siglos, milenios, depende siempre del esfuerzo que dediquemos en la empresa. Por mérito propio, reencarnando una y otra vez, conquistaremos cumbres de paz.

Es una sencilla fórmula, ignorada además de tergiversada en muchas ocasiones, y ocultada adrede en otras, por quienes intentan impedir el progreso moral de la humanidad, anteponiendo su sed de poder al bien común. Se cumple así la sabia advertencia de que si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo.

Por esta razón, el apremiante anhelo de mi espíritu es de proseguir en el empeño de que la existencia de la ley de consecuencias, sea conocida por el mayor número posible de personas. Los humanos, todos, nacidos de un mismo Amor, somos herederos de idéntico patrimonio y a ninguno, en justicia, nos será negado crecer, evolucionar espiritualmente en sentimientos y sabiduría.

El conocimiento de lo que nos aguarda tras la muerte física y las consecuencias derivadas de nuestros actos mientras transitamos por la tierra, es algo que ningún ser debería ignorar. Nos ahorraríamos incontables sufrimientos, porque, dueños por entero de nuestro destino, podríamos subir con mayor diligencia, la escalera del progreso.

## RAICES

Dora de vez en cuando, levantaba la cabeza de la labor para mirar a través de los cristales del balcón, a la gente que deambulaba por la plaza. La mayoría eran vecinos. El tiempo había transcurrido con extraordinaria rapidez, pero ella podía recordar, con gran claridad, a esas personas cuando tenían cincuenta años menos. Desde entonces habían sucedido un montón de cosas. Inés, la resignada Inés, gracias a sus convicciones religiosas, era católica ferviente, fue capaz de superar la muerte de sus tres hijas primero, y posteriormente la de su marido. Berta, en cambio, estaba sumida en profundas depresiones, sin motivo aparente. La familia García durante la posguerra civil española, se había encumbrado económicamente, pero su primogénito acababa de dilapidar el patrimonio en malas gestiones mercantiles, drogas y juego. Y allí pasaba María, arrastrando casi a su hijo, un hombre de cuarenta años que, por su deficiencia, no podía articular una sola palabra...

Parecidas situaciones, con harta frecuencia, se pueden hallar en todas partes, e incitan a indagar la razón del sufrimiento humano. Dora guardó la labor y sacó de un estante un voluminoso álbum de fotografías.

Presidía la primera página la fotografía de una mujer de más de noventa años. Dora sonrió contemplando el rostro arrugado y serio de su bisabuela. Conocía de ella lo suficiente para comprender sus reacciones y su postura. La mujer había sido madre de nueve hijos, seis de los cuales murieron en los primeros años de vida. Escuchaba de labios del cura, que aquellos niños eran flores tan delicadas, "que Dios las quería para sí". La madre arrugaba el entrecejo y sentía que un profundo dolor la atenazaba, sin entender los "cruels caprichos" de Dios. ¡Y dale con sus hijos! ¿Por qué se los enviaba y después se los quitaba? Lo que colmó el vaso de su paciencia, fue cuando nació su benjamín y tenía el marido enfermo guardando cama. Una mañana al ir a amamantar al rosado bebé, lo encontró muerto. Ella creyó enloquecer y el cura no la consoló en absoluto, todo lo contrario, la hizo responsable de que el niño hubiera ido derecho al limbo, por no haberlo bautizado a su debido tiempo.

La madre puso sus llorosos ojos en la abultada barriga del cura y le dijo que la tenía así de llena, gracias a las comilonas que se había zampado con los bautizos y los entierros de sus hijos. ¡El limbo! ¿Pero qué se había creído él? ¿Quién era para mandar allí a su hijito? El niño tenía que estar junto a sus hermanos, en el cielo.

La bisabuela de Dora nunca más volvió a pisar una iglesia. Exigió que sus hijos le dieran formal palabra de que no llamarían a ningún cura para su entierro. Su deseo se cumplió, la viejecita Antonia, falleció a finales de 1937 en plena guerra civil española. La familia vivía en Cataluña.

## INFANCIA

Dora regresó, con ayuda de su fiel memoria, a los aciagos días de su infancia. Había llegado a este mundo en un caluroso mes de julio de 1932. Dos años más tarde moría, víctima de tuberculosis, Antonio su tío paterno, de veinticuatro años, a quien ella creía recordar, quizá, gracias a una gran fotografía colgada en una pared del comedor en el hogar de sus abuelos José y Emilia.

Dora sintió que la invadía una profunda tristeza, una fuerte angustia, una extraña oscuridad que lo envolvía todo. Su madre enferma en la cama, su padre enrolado en el ejército republicano. Las personas mayores contando mil tragedias y deplorando la falta de alimentos. La prohibición de tener luces encendidas y ventanas abiertas, ante un posible ataque aéreo, las aterradoras sirenas avisando que la gente se pusiera a salvo en el refugio más próximo... Desolación, confusión, impotencia. Y así un día tras otro.

El estado de salud de su madre empeoró. El abuelo José, su suegro, la llevó a un hospital de Barcelona con la esperanza de que pudieran curarla. Pasados unos meses los médicos dijeron que la tuberculosis que la afectaba estaba muy avanzada y era irreversible. No podían seguir atendiéndola porque muchos enfermos, tal vez con mayores probabilidades de curación, estaban aguardando para ingresar.

El abuelo fue a buscarla pero ella le dijo que no podía volver a casa y correr el riesgo de contagiar a su hijita la cruel enfermedad. ¡No, de ningún modo! ¡Dora tenía que vivir! La enferma, de veinticinco años, se refugió en casa de su padre, el abuelo Juan y su tercera esposa, Carmen. Ellos la cuidaron lo mejor que supieron, pero el 12 de febrero de 1938, la madre de Dora abandonó este mundo.

La niña quedó al cuidado de sus abuelos paternos y su tía Montse, una risueña joven de veinte años. Ellos le dijeron que su madrecita se había ido al cielo, pero Dora tenía poco más de cinco años y no entendía que extraño lugar era este. Cada vez que llamaban a la puerta, ella corría para ver si era su madre que volvía del cielo o de la ciudad donde vivían el abuelo Juan y Carmen. ¿Qué era estar muerto?

Recién terminada la guerra, Dora asistió a un colegio de monjas, quienes todavía no vestían el clásico habito. Una tarde la monja contó a sus discípulas que “todas las personas que habían muerto durante la guerra, como entonces no había sacerdotes para poder administrarles los sacramentos de penitencia y eucaristía, estaban condenadas en el infierno”. Al escuchar tales aseveraciones, las mejillas de Dora enrojecieron vivamente y su corazón latió más aprisa. Se acordó de su madre, de su querida y añorada madre. La monja, para colmo, se recreó añadiendo toda clase de disparates. “La gente en el infierno se queman de continuo, padecen mucha sed y no pueden beber agua...” “Cuando Dios esté de espaldas, pensó la niña con rapidez, daré de beber a mamá”.

A pesar de haber tomado esta decisión, Dora no quedó nada tranquila. Las desafortunadas palabras de la monja martilleaban su cabecita. Por la noche, sola en su cama, no paraba de pensar en su madre, el fuego del infierno, la sed, y ¡Dios que podría descubrirla aún estando de espaldas! El miedo y la impotencia la hicieron llorar desesperadamente. Tía Montse despertó y corrió a preguntarle que pasaba y Dora, escondiendo el rostro junto a su corazón, repitió la lección de aquella tarde, una lección por cierto bien aprendida y difícil de olvidar. Tía Montse la llenó de besos, secó sus lágrimas y le aseguró que nada de lo que había dicho la monja era cierto. “¡Nada, Dora, nada es verdad! Tu mamá está en el cielo y desde allí te mira y te protege. Tu mamá era muy buena y Dios la ama. Sabes, pequeña mía, Dios nos ama a todos”.

A Dora la fascinaba la Historia Sagrada y coleccionaba estampitas de santos. Cuando se preparó para la primera Comunión aprendió de memoria el catecismo de cabo a rabo. Todo el mundo le aseguraba que aquel iba a ser el día más feliz de su vida, de manera que ella esperaba algo muy especial, ya que iba a recibir a “Dios”. Inoportunamente el sacerdote desde el púlpito, repitió aquello de “hoy es el día más feliz de vuestra vida, al lado de vuestros padres”. Dora tragó saliva, a su derecha estaban la abuela Emilia y el abuelo José y a su izquierda tía Montse y su prometido. Las dos mujeres se secaron las lágrimas. El padre de la niña, por ser un soldado del ejército “rojo”, seguía en un campo de concentración en Francia. La familia estaba pendiente, un día para otro, de su regreso. No pesaban cargos políticos sobre él, pero la dura dictadura franquista aconsejaba prudencia.

Por fin a finales de agosto de 1941, el viudo pudo volver a su tierra y abrazar a su hija a quien

no veía desde hacía cerca de tres años. Llegó justo a tiempo de asistir a la boda de su hermana Montse que se celebró en septiembre.

Un día tía Montse, sonriente, radiante, le dijo a Dora que tenía un secreto y cuchicheó unas palabras mágicas en su oído. “Vas a tener un primito. Un niño pequeño y dejaré que lo sostengas en brazos”. Ella no podía creerlo y quiso saber cuanto tardaría. Faltaban siete meses, pero empezaron a revolver una gran caja que contenía las ropitas de cuando Dora había nacido. Estaban en muy buen estado y la maltrecha economía no permitía dispendio alguno.

Dora reía y saltaba de contento con la feliz noticia. Mientras avanzaban las semanas tía Montse se quejaba de la espalda y a menudo se veía obligada a guardar reposo. El ceño de la abuela aparecía más fruncido y hablaba en voz baja con su marido. A finales de la guerra, Montse había sufrido frecuentes accesos de tos de los que pareció reponerse con el tratamiento en uso.

Al finalizar el curso escolar de 1942, el padre de Dora le dijo que aquel verano lo pasaría en compañía del abuelo Juan y su mujer, prometiéndole que en agosto iría a buscarla para asistir al bautizo del niño de tía Montse. Tan sólo treinta kilómetros de sinuosa carretera separan las dos ciudades. A Dora le encantó la idea. El abuelo Juan era un hombre optimista, jovial y sabía un montón de chistes y adivinanzas. Mostraba el dorso rígido de su mano derecha a su nieta y muy serio le preguntaba que era aquello. Era la mano del abuelo. “¡No, que va!, decía él. Es la mano de un cura muerto, porque si estuviera vivo le daría la vuelta para pedir”.

A mediados de agosto el padre de Dora fue a verla. No traía buenas noticias. Tía Montse había dado a luz un niño, al que llamaron Antonio en memoria de su joven tío, pero a causa de graves dificultades en el momento del parto, el bebé falleció a los dos días. Dora se apenó mucho por la muerte del primito. ¡Su tía lo esperaba con tanta alegría! Y de la muerte, ahora ya lo sabía, nadie había regresado.

Tía Montse no estaba bien de salud, volvía a toser y lo más prudente era que ella y su sobrina no convivieran juntas. El abuelo Juan y Carmen, encantados, se ofrecieron para cuidar de la niña. Cerca de su casa había un colegio de monjas carmelitas al que Dora asistió durante unos meses, hasta que su padre decidió dejarla interna con el fin de que recibiera una educación más “refinada”. En realidad el verdadero motivo eran las desavenencias que siempre habían surgido entre él y su suegro. Eran dos personas del todo dispares y Dora se entristeció porque les quería entrañablemente a los dos, además la angustiaba que la separaran de su abuelo y Carmen, dos personas que la colmaban de atenciones y cariño.

## TEMORES

La vida de Dora cambió totalmente dentro del internado. De nuevo la idea de Dios, la inmortalidad y el cielo hicieron presa en su alma. A ella le parecía muy difícil no pecar ni de pensamiento, y le horrorizaba la posibilidad de caer en el infierno. Las monjas les recordaban de continuo cuán trabajosa era la salvación del alma y su director espiritual confirmaba tales enseñanzas. De manera que las palabras de tía Montse acerca del infierno, perdían fuerza frente a las reiteradas y machaconas escenas que las monjas relataban a sus educandas, de personas que se aparecían a sus confesores, echando sapos y culebras por la boca y diciéndoles que gemían en el infierno por no haber confesado un pecado mortal. Un pecado mortal era faltar un domingo a misa. Dora estaba aterrada y suspiraba por morir después de confesar y comulgar para así conseguir la eterna gloria. Ella estaba obsesionada con la idea y adoptó el papel de ángel salvador para su querida familia. Durante las vacaciones recomendaba, con insistencia, a los suyos que no dejaran de asistir a misa. El abuelo Juan se reía diciéndole: “No te preocupes, Dora, todo eso no son más que cuentos chinos. Es el “modus vivendi” del clero”. Carmen, previsora, añadía siempre: “Pero tú, niña, de esto que dice el abuelo, mutis. Ni media palabra, que esta gente es muy mala...” Y empezaba a contar mil y una historias sobre la Inquisición.

Dora, a veces, pecaba de pensamiento. Reconocía tener muchos defectos, el mayor de todos, la envidia. Envidiaba, nadie sabe hasta que punto, a las demás niñas porque tenían madre, y

siempre terminaba pensando: "Si Dios es tan bueno, ¿por qué se llevó a mi madre?" Después entraba en la capilla del colegio y pedía perdón por su rebeldía.

En junio de 1944, tía Montse cada vez más débil y enferma, tuvo que ser ingresada en un sanatorio para tuberculosos y Dora regresó a casa abandonando el internado definitivamente.

## LA FILOSOFÍA DE LUIS

A menudo la abuela Emilia invitaba a Luis, un nuevo vecino, a una limonada. El hombre vivía solo, durante la guerra había perdido a su familia. El régimen franquista le tuvo encarcelado más de cuatro años por sus ideas liberales. Defendía el derecho a la libre expresión y práctica de los propios ideales. Estaba en desacuerdo con la Iglesia en numerosos puntos.

"La calidad de una institución se puede medir por sus postulados y sus hechos. Si ambos están equidistantes y no se complementan, tenemos que desconfiar de ella. Hay que separar el grano de la paja. Pésimo ejemplo dan los curas los días de Semana Santa, consintiendo que los niños vayan a "matar judíos" provistos de carracas y mazas, dentro de la casa de Dios. Mala enseñanza es esa de alimentar un odio hacia una raza acusándola de "deicida", cuando no tiene mayor culpa que Jesús naciera en Belén y la casta sacerdotal instigara su crucifixión, porque veía tambalear su poder e intereses."

Luis callaba, escuchaba los favorables comentarios del abuelo José, sonreía observando la atención con que Dora seguía la conversación, y proseguía: "El poder y el dinero está presente en todo momento en el ejercicio de su ministerio. Si ya resulta difícil cumplir diez mandamientos, el clero nos ha sobrecargado con cinco más, los suyos, los de la Iglesia. En el momento que nace una criatura, ahora por decreto ley, hay que bautizarla y automáticamente la convierten en algo suyo, y ya no la sueltan hasta su muerte. Ellos se constituyen en imprescindibles para manejar todos los actos de nuestra vida. Se infiltran en lo más recóndito de las conciencias a través de la confesión, aterrorizan con la amenaza de las penas eternas del infierno y venden "trozos de cielo" a buen precio, a cualquier incauto que cae en sus redes. ¿Quieres comer carne sin pecar? Paga la bula, así de fácil. Utilizan el dinero como dispensa".

Y así velada tras velada...

"El pueblo llano, presa todavía de ancestral terror inquisitorial, vive envuelto entre brumas de tradición y superstición. ¿No visteis la reacción de Matías frente la enfermedad de su hija? Él, que dice no creer en Dios, prometió subir al santuario para llevarle a la Virgen un cirio más alto que la niña, si se curaba. Matías puso esa condición, si mi hija no se cura, no hay cirio. A eso yo le llamo trueque o chantaje, pero parece que para el clero, ya que lo permite, estas ofrendas son una muestra de fervor religioso".

Cuando pasados unos años la hija de Matías, por vocación entró en un convento hasta profesar los votos perpetuos, un vecino, socarrón, comentó: "¡Vaya sorpresas nos guarda la vida! La hija de Matías se ha casado con Dios, convirtiendo a su padre, un ateo convencido, en suegro de quien dice que no existe..."

Y Luis añadía:

"Sí, no olvido que dentro de la Iglesia han surgido grandes figuras, seres altruistas que, movidos de amor al prójimo, han llevado a la práctica las enseñanzas de Cristo. Es una ejemplar conducta, sin duda alguna, pero esas personas se han limitado a cumplir con su deber... ¿No encontramos natural que una madre amamante y cuide de sus hijos? Lo contrario, que les abandone o les maltrate, nos parece desnaturalizado y es lógico que lo reprobemos. Con la política y la religión hay que proceder de igual modo. Lo probadamente razonable, es bueno aceptarlo, pero lo que ofrece dudas por confuso y contradictorio, es necesario sacarlo a relucir para que enmiende, quien tenga que enmendar. La humanidad, la historia nos lo muestra, ha progresado gracias a levantarse contra toda tiranía, denunciando injusticias, e intentando liberarse de yugos vejatorios".

Las palabras de Luis tenían la virtud de trasladar a Dora al internado y reparar en situaciones y

detalles que tal vez le hubieran pasado desapercibidos.

Las monjas tenían, por caridad, unas niñas asiladas, la mayoría huérfanas. Las más mayorcitas, entre once y quince años, eran las que cargaban con los trabajos más duros del convento. Limpiaban todas las dependencias, lavaban a mano verdaderas montañas de ropa, cosían, planchaban, preparaban la comida y la servían en los refectorios de las monjas y de las internas. Esas niñas comían en refectorio aparte. En época de habas, para ellas cocinaban las vainas vacías y para el resto de la comunidad e internas, el grano. Raras veces se las veía en clase. Usaban uniformes de distinto modelo y color, de manera que cuando salían de paseo los domingos por la tarde, en doble hilera, los transeúntes sabían que se trataba de las niñas “pobres” del convento de carmelitas.

Durante la guerra, el bando contrario había quemado la iglesia del convento. Mientras, se utilizaba una capilla interior para los servicios de culto. En junio, a final de curso de 1943, se celebró una gran fiesta bendiciendo una imagen del Sagrado Corazón de tamaño natural, destinada a presidir el altar mayor, el día que la iglesia estuviera reconstruida. Aquella misma noche llovió a cántaros. Las niñas huérfanas, las que las monjas daban albergue por caridad, habitaban un ala del edificio, lejos de las pensionistas. Dormían en una gran sala, sin camas, en el suelo, sobre jergones de paja. El tejado se hallaba en mal estado y no pudo contener el fuerte aguacero. Las niñas vieron como el agua, sin poderlo remediar, inundaba su dormitorio mojando sus cuerpos y todas sus escasas pertenencias.

Cada vez que Dora lo recordaba, sentía que un frío la invadía interiormente. Esta anécdota le sirvió, cuatro años más tarde, para preguntarle a un fraile, amigo de la familia, el cual no comprendía su alejamiento de la Iglesia: “Frente a este suceso, ¿qué puedo pensar de la caridad cristiana? ¿Qué era más importante, reparar el tejado o venerar una imagen de Jesús?”

## **PREGUNTAS SIN RESPUESTA**

En abril de 1946, el padre de Dora contrajo nuevas nupcias. A la muchacha la idea de que otra mujer ocupara el lugar de su madre no la entusiasmó, pero entendió que a su padre le asistía el pleno derecho de rehacer su vida, y se mostró comprensiva en todo momento. El poder adquisitivo era casi inexistente y el nuevo matrimonio no tuvo más remedio que instalarse en el hogar de los abuelos José y Emilia, junto con el marido de Montse. A Dora aquella solución le pareció de maravilla, porque podía continuar viviendo al lado de las personas que más quería.

A finales de mayo la familia recibió una carta en unos términos, desdichadamente reiterativos. “Dado el caso que la enfermedad de Montse era incurable y se le había dedicado el tiempo correspondiente, el sanatorio se veía en la obligación de informar, que la enferma debía regresar a su hogar en el plazo de una semana”. La lista de espera para ingresar era enorme. Ante una realidad tan amarga, una preocupante incógnita se añadía. La tuberculosis, ¿qué nueva víctima se cobraría? Los familiares de Dora, pensando en ella, sintieron que una fuerte angustia les oprimía. Fue la propia Montse, al llegar a casa, la primera en pedir a su hermano que se llevara lejos de allí a la muchacha. Ella quería entrañablemente a su sobrina.

Frente a esa conflictiva situación, el padre de Dora buscó una salida. No fue fácil, pero a primeros de septiembre, él, su flamante esposa e hija se trasladaron, provisionalmente, a Barcelona. En el momento de la despedida y a pesar de las advertencias de la abuela Emilia, Montse y Dora se abrazaron fuertemente, por última vez. El padre de Dora las separó, prometiendo a Montse que para Navidad irían todos a visitarla. Sin embargo cuando se acercaban aquellas fechas, Montse liberó a su hermano de su promesa, diciéndole que se sentía muy mal y no tardaría en regresar al mundo espiritual. Lo sabía porque muy a menudo Antonio, el hermano de ambos, y Cecilia, la madre de Dora, se acercaban, radiantes a su lecho. Montse deseó a su sobrina toda la felicidad del mundo y una larga y venturosa vida.

El día 19 de febrero de 1947, recién cumplidos los 31 años, los ojos de Montse se cerraron, tras aquella larga y penosa enfermedad. Dora, una vez más llorando desconsoladamente, preguntó: “Dios mío, ¿por qué?”

Tres semanas más tarde pudieron regresar al hogar de los abuelos José y Emilia. A Dora le parecía estar viviendo una pesadilla. Corrió a la habitación de tía Montse para cerciorarse de que era cierto que ella no estaba allí. En efecto, encontró la estancia vacía, las paredes recién pintadas, el balcón continuaba abierto de par en par y los muebles, por orden de la abuela, habían sido pasto de las llamas... Montse había partido para no volver.

Dora se preguntaba si era posible vivir sin temor al monstruo de la guerra, a las largas y crueles enfermedades, y a la aterradora muerte llamando, implacable, a su hogar. En silencio, temblando su espíritu de rebeldía, levantaba una y otra vez la mirada llorosa hacia el espacio infinito, e imperiosamente reclamaba una respuesta. “¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué hay huérfanos, ciegos, tullidos y pordioseros? ¿Dónde está la justicia divina?”

## REBELDÍA

El fraile que visitara con regularidad a Montse en los últimos meses de su enfermedad, expresó el deseo de conocer a Dora. Su tía, que la adoraba, se deshacía en elogios hacia su sobrina. Era cariñosa, obediente, sumisa e inteligente, un encanto de criatura. El capuchino se encontró frente a una muchacha dolida, hasta lo más profundo, por la reciente muerte de su tía y sin olvidar, además, los dolorosos acontecimientos que ensombrecieron su infancia. Guerra, hambre, enfermedad, muerte... No, los ojos de Dora, no eran los ojos reidores de una adolescente que los abre a la vida y busca ávida, colmada de ilusiones, un camino que la lleve a saborear delicias sin fin. Ella necesitaba conocer la razón del infortunio humano.

El fraile, suavemente, intentaba dar respuesta a las indiscretas pero juiciosas preguntas de Dora, recordándole su condición de cristiana por el sacramento del bautismo, cosa que al mismo tiempo, no le daba derecho a dudar de la bondad de Dios, ni menos aún, a pedirle cuenta de sus actos. Debía acatar su voluntad, aunque ésta casi siempre constituye un gran misterio para toda la humanidad. Los argumentos del capuchino no convencieron a Dora. Tuvo la impresión de que el voto de obediencia limitaba su libertad de razonar, ya que no disfrutaba de la debida autorización para sostener un diálogo abierto. No existía forma humana de hurgar en los cimientos de la fe. El insalvable muro del dogma o el misterio, estaba allí y la Iglesia no permitía que ningún osado lo escalara.

Un domingo por la mañana Dora se arrebujó en su cama y se levantó tarde, por más que la abuela insistió en llamarla. Desayunó un buen tazón de chocolate con bizcochos y se puso a leer. No asistió a la misa dominical. A medida que pasaban las horas comprobaba que sentía una extraña paz interior, era como si unas cadenas dejaran de aprisionarla y pudiera moverse con entera libertad. Sonrió y pensó que algo parecido debió experimentar su bisabuela Antonia cuando decidió no volver a pisar una iglesia.

Extrañada por el cambio de comportamiento de Dora, la abuela quiso saber a que era debido. La buena mujer descubrió una faceta insospechada en el carácter de su nieta. Era tenaz en sus convicciones. Sin titubeos contestó: “Ya no creo en la iglesia, porque predica lo que no cree y deja de hacer lo que debería, además le he hecho un montón de preguntas y en ningún momento me ha contestado con lógica. He llegado a la conclusión de que, o miente o ignora y las dos cosas son tan graves que no merecen confianza. Y no estoy dispuesta a aceptar lo que no entiendo y no encuentro justo”.

Dora intentó desterrar de su mente la idea de Dios, al ser incapaz de comprenderle. Pero sólo consiguió sentirse peor, desvalida por completo, abandonada a la más angustiante orfandad. Por otro lado su espíritu necesitaba creer en la Vida, porque era la única forma que conocía para vencer a la muerte. Le urgía meditar y poner en orden toda aquella mezcla de necesidades anímicas, enseñanzas religiosas ricas en contradicciones, y supersticiosas tradiciones que de forma bien abundante encontraba en su entorno.

Luis, intuyendo la crisis espiritual que atravesaba su vecinita, le aconsejó: “Siempre que nos vemos obligados a arrinconar un mueble por carcomido e inservible, antes debemos procurar sustituirlo por otro más útil y sano”.

## LIBERACIÓN

Desde pequeña, Dora sentía debilidad por subir al desván y revolver cuánto estaba arrinconado allí. Una mecedora, dos lámparas, cajas conteniendo los más diversos objetos y sobre todo libros. Aquel día a Dora le llamó la atención un libro viejo y polvoriento. Estaba escondido en el fondo de una caja de madera, desde hacía diez años, a comienzos de la guerra civil. Tenía por título "Memorias del Padre Germán" y era una obra genuinamente espiritista. Después de hojearlo, vivamente interesada, se dirigió a su habitación y empezó a leer. A medida que avanzaba en la lectura, sentía que un orden interno la invadía, una luz emergía en su espíritu iluminándolo todo; desaparecían la oscuridad, la duda, la rebeldía... Dora descubrió que existen unas leyes naturales y divinas. Las leyes de Evolución o de Causa y Efecto, que se cumplen mediante la reencarnación, reafirmando que el aparente desorden que envuelve a los seres humanos, es el cumplimiento de la justicia inherente a las leyes evolutivas, en las cuales están inmersas todas las humanidades.

Las páginas del libro contenían una auténtica revelación. Hablaban, una y otra vez de la innegable existencia de un Dios con todos los atributos en grado infinito, Amor, Bondad, Justicia... Del Padre de la Vida, de quien todos los seres, equitativamente, hemos recibido la misma herencia. Creados sencillos e ignorantes, pero con el germen, en potencia, para poder desarrollar, hasta el infinito, inteligencia, sentimientos y virtudes, bajo la responsabilidad que nos confiere el libre albedrío. El tiempo, indefinido, se convierte en nuestro gran aliado y, existencia tras existencia, ensayando los primeros pasos, lastimándonos profundamente en la caída y aprendiendo del error, aceptamos situaciones difíciles y angustiosas que nos proporcionan, sin embargo, poder reparar los graves equívocos cometidos. Aún los más horribles crímenes, hijos de la crueldad y la ignorancia humana, no se hacen acreedores a una sanción eterna. La moneda de cambio para el rescate de la deuda contraída es la práctica del Bien y el Amor hacia el prójimo, la gran labor que requiere el progreso del espíritu.

La abuela Emilia recomendó a Dora que devolviera el libro donde lo había encontrado, sin comentarlo con nadie. Pero este hallazgo espiritual cobró tal dimensión en la joven que no era posible olvidarlo ni esconderlo. Con tanta convicción crecía en su espíritu una seguridad en la inmortalidad, que trascendía en la más simple conversación.

Dialogó unas cuantas veces con el fraile amigo, sin emplear los argumentos de rebeldía que antes la acosaran. Ahora se amparaba con razonamientos que podían resistir el análisis y la crítica. El capuchino y Dora hablaban distinto lenguaje. El primero defendía que todo giraba en torno de la voluntad de Dios, a quien nadie tiene el derecho de pedir cuentas de sus actos por irrazonables que parezcan. Su proceder es un misterio pero debemos acatarlo, decía el hombre indefenso.

Ella le miraba sonriendo condescendiente, cual si de un niño se tratara, y replicaba: "No podemos saber lo que es Dios, pero sí podemos saber lo que no es. No es injusto, ni colérico, ni vengativo, porque estos defectos son propios de la imperfección humana. Y deduciendo que el Creador debe tener todos sus atributos en grado infinito, no caben aquí ni privilegios, ni equivocaciones. La infinita justicia, niega la más remota posibilidad de castigo eterno".

## INDAGACIONES

Dora tenía la grata sensación que el credo que por largo tiempo la había confundido y asustado, yacía a sus plantas sin voz ni valor. Con insistencia reclamó de sus abuelos la confirmación de unos hechos mediúmnicos vividos en el seno familiar y que ella, anteriormente al escuchar su relato, no les había prestado la merecida atención.

En 1928 su tío Antonio, que a la sazón contaba diecisiete años, un día abandonó el hogar paterno, sin previo aviso y sin dejar señas. Sus padres, como es lógico, se inquietaron vivamente. El joven no aparecía y alguien les habló de una afamada médium que residía en Barcelona. En estado de trance la médium (una bondadosa anciana que no quiso ser remunerada) reveló el lugar exacto donde habitaba el joven, nombre de la calle y número, añadiendo que trabajaba de albañil

en la construcción de los pabellones que albergaría la Exposición Universal de Barcelona.

Buscar a una persona de paradero desconocido en una gran ciudad, equivale a buscar una aguja en un pajar, pero en esta ocasión, asistido por el fenómeno mediúmnico, resultó ser un juego de niños. La familia recordaba siempre este hecho como algo extraordinario. Al joven Antonio le asombró enormemente que le hubieran encontrado, y más cuando él no había notificado a nadie el lugar de su escondite. La aventura del adolescente terminó allí y confesó que en el fondo estaba tan avergonzado que no se atrevía a volver junto a sus padres y hermanos a quienes echaba mucho de menos.

Las facultades de videncia de tía Montse desde su más tierna infancia, era otro caso a tener en cuenta. La niña solía pasar largos ratos jugando con sus muñecas, en el balcón de su habitación. Al otro lado de la estrecha calle podía verse el patio de un caserón vacío. Tendría poco más de cuatro años cuando empezó a explicar a su madre que los viejecitos de enfrente salían a tomar el sol, sentándose en el rústico banco. La madre miraba extrañada el patio abandonado, pero Montse confirmaba todos los días la existencia del anciano matrimonio, describiéndolos con todo lujo de detalles, la gorra, la faja y las alpargatas del abuelo y el pañuelo negro cubriendo la cabeza y atado debajo la barbilla de la mujer...

José y Emilia consultaron a un centro Espírita, lo que ocurría a su hijita. Hechas las debidas indagaciones comprobaron que el vecino caserón había sido habitado por un matrimonio que falleciera años atrás, antes de que Montse naciera. Evocados estos seres por el grupo Espírita, les ayudaron a reconocer su estado espiritual invitándoles a escuchar el apremio de sus guías y abandonar el plano físico. La pequeña no volvió a ver a los ancianos, quejándose a menudo de su ausencia. No olvidó jamás esta experiencia.

El 25 de octubre de 1934, Dora y su madre pasaban unos días en el hogar de unos tíos de ésta última. Su estado de salud, bastante precario, así lo requería. Aquella noche le resultaba difícil conciliar el sueño, se sentía inquieta... Su hijita dormía plácidamente en su cuna. De pronto la habitación se iluminó y la figura del joven Antonio apareció, nítida, frente a su cuñada: "No te asustes, Cecilia, soy yo, que vengo a despedirme, pero tú y yo no tardaremos en encontrarnos". La joven vio como el hermano de su marido se aproximaba sonriente y depositaba un beso en su frente.

Después la estancia volvió a quedar sumida en la más absoluta oscuridad y la madre de Dora sorprendida en extremo por el extraordinario suceso que había presenciado, encendió la luz de la mesita y miró el reloj. Eran las dos de la madrugada, su hijita seguía durmiendo y nada parecía turbar el silencio de la noche.

Al día siguiente cuando intentaron comunicarle el fallecimiento del joven, Cecilia declaró que hacía más de seis horas que conocía lo ocurrido.

Siempre que la familia recordaba este episodio no dejaba de mencionar, tal como Antonio anunciara, que la madre de Dora tardó poco más de tres años en desencarnar y regresar al plano espiritual.

## LA HORA DEL ENCUENTRO

En la primavera de 1949, Dora conoció a Josep, el hombre de su vida y ésta relevante circunstancia cambió, fundamentalmente, la existencia de ambos. El encuentro, sin la menor duda, estaba planificado desde antes de encarnar. Un arraigado sentimiento de amor afloró con fuerza e iniciaron juntos un largo recorrido, entrelazando ideas y aspiraciones. Al unísono, con irrefrenable ímpetu, se lanzaron al estudio razonado y avalado por posteriores comprobaciones, sobre la supervivencia del espíritu tras la muerte física. No prevaleció, en ellos, un mayor objetivo y tal dedicación prestó firmeza y seguridad a sus convicciones.

Su matrimonio descansó siempre sobre las sólidas bases del amor, la sinceridad y el respeto.

A finales de abril de 1953, Dora vivió una experiencia inolvidable. Faltaba un mes para su boda y desde hacía un año la convivencia con su padre y su mujer era insostenible. Ellos, sin motivo alguno, fuera de unos celos absurdos y enfermizos, se oponían a su enlace con Josep. Aquel día el padre, al ver que no conseguía doblegar la voluntad de su hija, enardecido de impotencia, llegó a emplear la violencia física.

Dora en extremo asustada y dolida, buscó de inmediato el apoyo de sus abuelos. Un extraño temblor la agitaba acompañado de sudoración y náuseas, prelude de lo que resultó ser un cólico hepático, según diagnosticó el médico de cabecera. Horas más tarde el padre de Dora asomó la cabeza por la puerta de la habitación de la enferma para continuar su sarta de insultos, sin la menor consideración. Ella, desalentada, se tapó los oídos con las manos para no escuchar las voces de su padre, mientras lloraba ahogadamente. Cuando oyó que sus pasos se alejaban, rogó: "Dios mío, ¿hasta cuándo ha de durar ésta situación? Todo esto no ocurriría, lo sé muy bien, si mi madre estuviera a mi lado..." Entonces, en medio de sus lágrimas, apareció con toda claridad, el rostro sonriente de su madre. El rostro amado, añorado, jamás olvidado, radiante, como si la luz del sol lo iluminara, estaba allí mirándola tiernamente. El corazón de Dora latió con fuerza y por unos momentos le pareció que le faltaba el aire para respirar. La imagen se desvaneció dejándola envuelta de una paz infinita.

La joven intentó un montón de veces reproducir, con la imaginación, aquella consoladora visión, y no fue posible. La imagen surgía borrosa, descolorida, le faltaba luz, pero por encima de todo carecía de aquella realidad palpable que había acelerado los latidos de su corazón mientras captaba la autenticidad de la presencia, llena de amor, de su madre.

Para Dora este hecho significó una irrefutable prueba de inmortalidad, que había de repetirse en dos ocasiones más en las que atravesaba una difícil situación. Supo con antelación que sus conflictos se resolverían favorablemente, porque puntual, la madre acudió para prestarle la ayuda moral que necesitaba.

Josep y Dora descubrieron cuán difícil es medir el caudal de ternura que puede generar un recién nacido. La llegada de sus hijos, un varón y una niña en el espacio de seis años, les despertaron un profundo sentido de responsabilidad, e intentaron asumir al máximo sus deberes como progenitores, no escatimando nada que consideraran de vital importancia para el buen desarrollo físico y espiritual de sus amados retoños.

A primeros de mayo de 1954, tuvo lugar el obligado bautizo de su primogénito. En torno a la pila bautismal se hallaban reunidos bisabuelos, abuelos, en fin, toda la familia, que se mantenía atenta a los mohines del bebé.

El cura preguntó cuando había nacido el infante y la comadrona, muy a pesar suyo, temiendo la que se avecinaba, le dijo la fecha. La voz del oficiante, clamó: "¡Quince días! ¿Saben los padres de este niño que están en pecado mortal? Esta criatura corre grave peligro, es un pagano que necesita que le quiten el pecado original, y renunciar al demonio y sus obras..." El cura se despachó a gusto, sermoneando al mudo, indefenso y forzado auditorio. Los allí presentes no ignoraban que él, estaba encumbrado en un privilegiado pedestal, apoyado y mantenido por el régimen dictatorial del general Franco "caudillo de España por la gracia de Dios".

En la actualidad esta supuesta higiene espiritual, parece que no es tan urgente, ya que, incluso, los niños se bautizan con varios meses de edad. Cabe preguntar, si antes era pecado no bautizar de inmediato, ¿por qué no lo es ahora? Sólo precisa rectificación aquello que es inexacto, erróneo desde un principio, imperfecto, como toda doctrina humana. Las leyes divinas, por ser perfectas, son inamovibles.

## REFLEXIONES

La estancia en el planeta Tierra constituye una valiosa enseñanza, si estamos en condiciones de extraer el mensaje constante que nos transmiten las experiencias propias o ajenas y Dora no desaprovechaba ninguna. Sacaba de las mismas, las conclusiones que estimaba más lógicas e intentaba llegar al fondo de cualquier cuestión, exprimiéndola al máximo.

Frente a la incomprensible muerte de un vecinito de pocos días, surgieron las inevitables preguntas sobre la situación mental de los bebés en el cielo. ¿Serán eternos recién nacidos, por no haber llegado al pleno desarrollo físico? Y si, por el contrario, hubieran crecido mentalmente, ¿en qué momento y cómo se habría producido este cambio? ¿Sería justo que un ser, sin esfuerzo

alguno, pudiera disfrutar de una bienaventuranza eterna? El amor infinito del Padre ha de generar, por lógica, igualdad de oportunidades.

Una vez más, únicamente, la ley de Reencarnación es capaz de darnos una respuesta justa. A través de ella podemos comprender el Orden y el Equilibrio, y nos revela que ningún ser ha sido desheredado por el Creador. Todos, lo aceptemos o no, estamos unidos por un vínculo extraordinario: todos somos hijos de la Creación.

El gran novelista Víctor Hugo, reafirmó la preexistencia del alma y su supervivencia con estas sencillas pero profundas palabras: “La cuna tiene un ayer y la tumba tiene un mañana”.

Sabemos que Krisna, Buda, Sócrates y Jesús, fidedignas fuentes de sabiduría, no escribieron nada. Sus enseñanzas nos han llegado, por tanto, adulteradas o mal interpretadas, por cuya razón para millares de seres sigue siendo una incógnita el sufrimiento humano.

La muerte de un ser querido representa, para sus familiares, una separación más o menos dolorosa y cruel según la edad y circunstancias en que se produce. Dora vio, con el paso de los años, que sus abuelos, aquellos entrañables seres que siempre la habían rodeado de cariño y atenciones, inevitablemente, sufrían el natural deterioro físico que comporta la vejez.

Evocó, en tales trances, la figura de Sócrates, el filósofo que, según Platón, fue un hombre bondadoso, sabio, sereno... Presentaron contra él la acusación de no creer en los dioses de la ciudad y de corromper a los jóvenes con sus enseñanzas de que somos seres inmortales, y reconocido culpable fue condenado a beber la cicuta. Al conocer el fallo del tribunal, sosegadamente recordó: “La naturaleza ha condenado a mis jueces a la misma pena”. Cuando sus discípulos se lamentaron de que tuviera que morir siendo inocente, preguntó: “¿Preferiríais, acaso, que fuera culpable?”. Su última recomendación, es un valioso legado en el que ratificó su creencia en la inmortalidad del alma: “Hablad siempre con propiedad. No digáis, vamos a enterrar a Sócrates, sino, vamos a enterrar el cuerpo que ha pertenecido a Sócrates.”

Dora captó el mensaje, y al partir sus deudos al mundo espiritual, ni por un momento pensó que la despedida fuera definitiva. El abuelo José, sufrió una fractura de fémur y tras ello surgieron graves complicaciones. Estuvo ingresado en un centro hospitalario durante un mes, sin que se le tuvieran que administrar calmantes, porque decía que no le dolía nada. La última semana le dijo a Dora, muy emocionado, que se sentía feliz de poder regresar al plano espiritual. Tenía la plena seguridad de reencontrarse con sus seres queridos: «Abrazaré a mis hijos, Antonio, Montse y a tu madre, a Cecilia, yo la quería mucho...” Dora a veces le contemplaba en silencio. Él rezaba con los ojos cerrados y sonreía, alargaba las manos para coger, del vacío, algo que se acercaba al rostro y aspiraba con deleite. “Son flores, Dora me traen flores...”

El espíritu del abuelo se desprendió con suavidad de su cuerpo. Mantuvo hasta el último instante una serena lucidez, portadora de tanta paz, que sirvió para que sus allegados más próximos consolidaran la plena seguridad en la perpetuidad de la vida.

Hace más de dos mil años, Cicerón, en aras de la propia conveniencia, conociendo el beneficio que le ofrecían sus razonamientos, defendió su derecho a aceptar la supervivencia con estas palabras: “Si yerro creyendo que el alma del hombre es inmortal, con gusto y libremente yerro; ni quiero que nadie me arranque, mientras vivo, este error en que me deleito”.

## PERPLEJIDAD

Dora estaba persuadida de que la disparidad de textos bíblicos provocan distintas reacciones entre sus lectores, generando incredulidad, confusión, fanatismo e incluso una fe sólida, si se prescinde someterlos a un razonado estudio.

No se puede aceptar que sea palabra de Dios, lo que sigue: “Y dijo Jehová: Raeré los hombres que he creado de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho”. (Gen. 6, 7)

Con tal afirmación queda en entredicho la infinita Sabiduría del Hacedor, puesto que invita a pensar que Dios desconocía la calidad de su obra. Resulta incomprensible leer que “Jehová dijo a Moisés: Toma a todos los príncipes del pueblo y ahórcalos ante Jehová delante del sol, y el ardor de la ira de Jehová se apartará de Israel”. (Nm. 25, 4)

Este duro castigo, impuesto contra quienes adoraban a otro Dios, obviamente invalida el “no matarás”. ¿En cuántas desdichadas ocasiones se ha aplicado la tortura y la muerte en nombre de

Dios?

Después de tropezar con toda suerte de contradicciones en el Pentateuco, que describe un Dios amante de sacrificios, señor de los ejércitos, que exige la adoración de los hombres y se enfada frente a sus flaquezas, una luz de esperanza se vislumbra en las siguientes citas: “Cuando el hombre cayere no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano”. (Sal. 37, 23) y “Antes de que me llamen yo responderé; aún estarán hablando, y yo les escucharé”. (Is. 65, 24)

Tras la lectura del Nuevo Testamento, Dora iba anotando algunos de los textos con los cuales no podía estar de acuerdo, porque a su entender, ofrecen duda o confusión.

Es innegable que la llamada Palabra de Dios, a través de los siglos, ha sufrido diversas traducciones y quien sabe cuantas enmiendas. Existe disparidad hasta en aquellos pasajes que pueden parecer más simples. Los evangelios fueron escritos durante el primer siglo de la era cristiana, cuando todos los sucesos que en ellos se narran debieran haber estado claros y precisos para sus autores y sin embargo no es así.

Es de sobra conocido el pasaje de los mercaderes del templo. Los cuatro evangelistas dicen que Jesús volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, mientras citaba las escrituras. Juan incluso añade que se ayudó para ello, haciendo un azote de cuerdas. Los escribas y sacerdotes eran los que conociendo la ley permitían, sin duda a favor de sus propios intereses, que la gente comerciara dentro del templo. La reprimenda por tanto, sólo una reprimenda, tenía que ir dirigida a los verdaderos responsables de la infracción. No se concibe a Jesús obrando de forma tan violenta, ejecutando un acto que desmintiera su propio mensaje. Él recomendaba a sus seguidores la mansedumbre, la paciencia, el perdón y el amor.

Desconcertantes son también las versiones de que disponemos del evangelio de Lucas 22, 70, Jesús ante el sanedrín. “¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy.” En otra versión leemos: “Entonces, ¿tú eres el hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros lo decís: Yo soy”.

En la última traducción interconfesional, en catalán, se ha cambiado el interrogante por un signo de admiración, lo que equivale a una afirmación.

“¡Por lo tanto, tú eres el hijo de Dios!”

¿Cuál de estas tres versiones corresponde al texto original? Resulta ser un variado abanico de posibilidades, donde cada persona puede elegir según sus conveniencias y puntos de vista.

En los textos que hablan de la crucifixión, Mateo, Marcos y Lucas señalan que “todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas”. Notable es la diferencia de Juan que cita la celebre frase de: “Mujer, he ahí tu hijo.” Después dijo al discípulo: “He ahí tu madre”.

Evidentemente esta escena ha pesado con gran fuerza en el mundo católico. Lo que no se comprende es como la madre de Jesús, pudo estar lejos y al pie de la cruz al mismo tiempo. Ni tampoco que se le hubiera de asignar un nuevo hijo a los que ya tenía. “¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simeón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? (Mt 13, 55)

El relato de la muerte de Judas, asimismo resulta confuso, Mateo dice que Judas viendo que Jesús era condenado devolvió, arrepentido, las treinta piezas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos. Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió y fue y se ahorcó. Los sumos sacerdotes recogieron las monedas y como no era lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, por ser precio de sangre, compraron con ellas el Campo del Alfarero como lugar de sepultura para los forasteros.

En cambio, en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, leemos que Judas con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Sirva el comentario de tan desagradables acontecimientos, para señalar la inexactitud de ambas citas. Las preguntas están ahí, ¿quién compró el campo, los sacerdotes o Judas? ¿Y cómo murió, el desventurado discípulo, ahorcado o reventado?

Los intérpretes y traductores de los evangelios deberían haber tenido en cuenta que, con el tiempo, las escrituras estarían al alcance de todos los pueblos.

## MAESTROS

Josep y Dora, tras un espacio de tiempo intercambiando ideas, se persuadieron de que para conocer cual debe ser el correcto comportamiento humano, es imprescindible estudiar minuciosamente el mensaje de los Maestros.

Los seres humanos tenemos derecho a una información fidedigna y las religiones, que duda cabe, junto a las raíces de las enseñanzas de los grandes Maestros, han consentido que se desarrollara en abundancia, la espesa maleza de sus dogmas, hijos del orgullo y la ignorancia. A pesar de ello, por oscuras que sean las nubes que ensombrezcan las horas del día, el Sol siempre está ahí, difundiendo luz y calor.

El punto de partida debe ser el reconocimiento del Amor Infinito de la Causa Primera. Todo concepto o postulado que no se cña al principio de Sabiduría y Equidad, forzosamente se hundirá en su base por mucho que se pretenda sostenerlo con ostentosos, pero débiles argumentos.

Asombrosa es la similitud del mensaje de los enviados. En el Bhagavad Guita, que significa "El canto del Señor," Krisna dice: "La sabiduría espiritual consiste en la humildad, modestia, mansedumbre, misericordia, rectitud, obediencia, pureza, perseverancia, dominio propio, desapego y altruismo".

"Podéis alcanzar la bienaventuranza suprema por medio de dos caminos: el primero es el del recto pensamiento, y el segundo el de la recta acción. Que cada cual cumpla su acción según su tendencia y de conformidad con las cualidades superiores de su carácter".

"Soy el mismo para todos los seres. A nadie prefiero ni aborrezco. Pedid y recibiréis. En toda oración me hallo presente".

Confucio quería que los pueblos vivieran en paz y aconsejaba la humildad y el amor. "Cuando no sabemos algo, es de sabios reconocer que no lo sabemos." "No hagas a los demás lo que no desees que los demás te hagan a ti".

Buda predicaba la compasión. Sabía que ella es la manifestación del amor y clamaba: "Bienaventurados aquellos cuya conducta es pacífica, honesta y pura".

Y Jesús exhortaba: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre es perfecto". (Mt. 5, 48). "Por lo tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los profetas". (Mt. 7, 12)

La enseñanza es única porque proviene de la misma Fuente. Escuchemos a todas y a cada una de las Voces con el mismo respeto. Sólo tenemos que adecuar su lenguaje a los conocimientos presentes, que nos marcan distintas formas de expresión.

Los mensajes, recordémoslo, son palabras que sólo cobran fuerza si se ponen en práctica sus enseñanzas. Son luz que puede iluminar la más densa oscuridad, pero nos cabe a nosotros abrir la ventana del espíritu y contemplar el horizonte, lejano pero real, que nos reclama. La tan suspirada paz del planeta Tierra, está a nuestro alcance. Vive junto a nosotros, presente en todo momento. No exige mayor esfuerzo que entremos en meditación, arrinconemos veleidades humanas, despojándonos de egoísmos y rencores, sacudiéndonos el yugo de mezquinos odios, concluyendo por convertirnos en mensaje vivo de las enseñanzas de los Maestros. Porque mientras no seamos un ejemplo palpable de Amor hecho obras, mientras ese mismo Amor no nos impulse a tender la mano a toda criatura, mientras en nombre de Krisna, Buda, Confucio o Cristo, sintiéndonos superiores, discriminemos a nuestro prójimo, mientras en vez de enorgullecernos de la caridad que hacemos no nos avergoncemos de la limosna que damos, desengañémonos, es que todavía no hemos comprendido en toda su magnitud, la sabiduría de los mensajes.

No podemos permitirnos, por más tiempo, el lujo de seguir retrasando el proceso evolutivo del planeta. Si queremos conseguir que la Paz reine en todos los pueblos, nos urge dialogar apoyándonos en la Ley de Reencarnación que une en estrecho vínculo a todos los seres. Ella nos dice que no existe castigo alguno, ni temporal ni eterno, pero nos obliga a reparar las transgresiones. Las vicisitudes, más o menos difíciles y dolorosas, que vive cada ser humano, son el resultado de sus propios actos, la Ley de Consecuencias unida a la necesidad imperiosa de superación espiritual nos impulsa a corregir pretéritos errores. Estamos obligados, por tanto, a entender que es así de simple, tan simple como los mensajes de los Maestros, que insisten sobre la conveniencia de convertir en una realidad el amor fraterno.

## PABLO DE TARSO

Dora era consciente de que no es posible glosar en unas escuetas líneas, la obra de Pablo de Tarso, a quien debemos el Himno a la Caridad, en su primera carta a los corintios. Él demostró ser un espíritu fuerte y valiente. Se dedicó con ardor y porfía, a perseguir aquella nueva secta que seguía las enseñanzas del Nazareno, pero no empleó menos ímpetu y convicción a la hora de convertir gentiles. El infatigable apóstol tenía prisa, mucha prisa; creía que la venida del Señor estaba tan próxima que, ingenuamente, escribió a los tesalonicenses: “Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos (los resucitados) en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. (1 Ts 4, 17).

Han transcurrido 2000 años y tan entusiasta aseveración no se ha cumplido, prueba irrefutable que éste párrafo dista mucho de ser profético. Pablo en sus epístolas, reiteradamente, exhorta, reprende, habla de amor, de deberes, de la salvación por la gracia y también de condenación eterna. Es evidente que nunca pudo sustraerse a la fuerza de sus profundas raíces farisaicas y seguía conservando la idea de un Dios partidista: “De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”. (Ro 9, 18)

Y lo ratificó con este pasaje: “Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe”. (Ef 2, 8)

Esta cita se opone a otras muchas de la misma Biblia, que por su lógica adquieren el valor de una mayor autoridad. “Tú educas al hombre castigando sus culpas”. (Sl 39, 12) “Y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra”. (Sl 62, 12).

Cabe recordar aquí la parábola del hijo pródigo que relata el evangelista Lucas, y que no por ser tan conocida, es menos consoladora. El hijo, ávido de libertad, abandona la casa paterna emprendiendo la aventura de vivir únicamente a expensas suyas. Pero su recién adquirida independencia adolece de una falta de experiencia. Locamente, por tanto, despilfarra su herencia y acaba sumido en la miseria. Es en tal trance cuando siente añoranza del hogar paterno y decide regresar para suplicar perdón y apoyo. Su padre, con indecible gozo, recibe al hijo extraviado y de tal modo se alegra que convierte ese día en una fiesta.

En ningún momento esta parábola nos habla de “gracia”. Al contrario, deja bien sentado que es el hijo quien a causa de su dolorosa experiencia, regresa arrepentido junto a su padre, por decisión propia.

Si los espíritus, regidos por la Ley de Evolución, iniciamos la espiral de nuestro adelanto moral a partir de nuestra sencillez e ignorancia; si a tientas tropezamos, caemos y nos lastimamos; si nos hundimos en los abismos de todos los desaciertos humanos; si anonadados bajo el peso de horribles culpas, un día anhelamos emerger del caos que nos envuelve; y si arrepentidos lloramos nuestros múltiples desvaríos y debido a ello nos sentimos mezquinos, pequeños y avergonzados, no encontramos razón alguna para que, en el devenir de los tiempos, no podamos “gloriamos” de nuestras acciones cuando estas son buenas.

León Denis en su libro “Cristianismo y Espiritismo” dice categóricamente: “Porque Dios, que es la justicia absoluta, no ha podido querer la condenación, ni siquiera la salvación por la gracia o por los méritos de un salvador, sino la salvación del hombre por sus propias obras...”

Sólo podemos aceptar la posibilidad del dogma de la salvación por la gracia con obvio menoscabo de la Equidad Divina. Si tal hacemos, nos encontraremos frente a la increíble caricatura de un dios de menguados atributos. Y volveremos ha hacernos innumerables preguntas que no tienen una respuesta razonable. Porque está ahí, presente, conviviendo con nosotros, el dolor humano; este desagradable huésped que llega sin avisar y se acomoda en nuestra vida sin que, la mayoría de las veces, podamos ahuyentarlo. Llegados a este punto nos alzaremos en rebeldía, lamentando la injusticia que significa la notoria desigualdad de condiciones que sufrimos los mortales. Esto equivaldría a volver a caer en el torbellino del desorden y la confusión.

Allan Kardec en la pregunta 199 de su obra “El libro de los Espíritus”, aclara lo siguiente: “Por medio de la reencarnación, se establece la igualdad para todos. El porvenir pertenece a todos sin excepción y no hay favor para nadie. Los que llegan últimos sólo pueden atribuirlo a sí mismos. El hombre debe tener el mérito de sus acciones, así como le cabe la responsabilidad de ellas”.

## TESTIGOS DE JEHOVÁ

Dora encontraba pertinaz y molesta la insistencia de los Testigos de Jehová, pretendiendo que prestemos oídos a su mensaje de salvación. Ellos tienen mucha prisa porque creen que se nos agotan las oportunidades y por eso no perdonan ocasión en llamar, una y otra vez, a la misma puerta. Manejan la Biblia con habilidad y de ella extraen los versículos más acordes con sus creencias. Intentan aprovecharla enterita, en un titánico esfuerzo por aceptar, incluso, lo inadmisibles. Hay que reconocer que el famoso libro ofrece un amplio abanico de interpretaciones.

Los Testigos de Jehová, disponen de un conocido órgano de difusión, su revista “¡Despertad!” que utilizan para entrar en contacto con posibles prosélitos y sirve, al mismo tiempo, para ahuyentarlos, a poco que se examinen sus argumentos.

El Génesis habla que el diablo, a través de una serpiente, indujo a Eva a desobedecer la prohibición de comer el fruto del árbol del bien y del mal. De ese relato se puede deducir que, anteriormente, Dios había creado a unos ángeles que le salieron contestatarios, puesto que ebrios de orgullo y necedad se rebelaron contra Jehová. Desde entonces los demonios, en guerra abierta, cometen impunemente toda suerte de fechorías. “Dios,” cuyo poder es a todas luces muy limitado, no puede en modo alguno impedir que sus acérrimos enemigos, tientes a los pobres mortales, invitándoles a incumplir las leyes divinas.

La suma de todo ello confirmaría que Dios no es sabiduría infinita, ya que no pudo prever el nefasto comportamiento de los ángeles caídos, ni las desdichadas consecuencias que sufriría, posteriormente, todo el género humano. De omnipotencia, nada tampoco, porque su obra se ve seriamente dañada por este coloso de la destrucción, sin que pueda remediarlo.

¿Y qué decir de la perfección de Jehová? Quedó escrito en el Eclesiástico, 16 “Misericordia e ira están con Él, tan poderoso en perdón como pródigo en ira”. La ira es un defecto de seres imperfectos. Arrebato de ira, furor o cólera, cualquiera de estas designaciones indican lo contrario de la templanza. Gratuitamente la ignorancia humana ha atribuido a la divinidad, limitaciones sin nombre. Es incomprensible que, aún hoy, no pocas doctrinas continúen sosteniendo tales errores.

Los Testigos de Jehová se empeñan en negar la inmortalidad del alma, hasta el extremo de buscar la más absurda e insostenible explicación, acerca del origen de los mensajes que dictan los espíritus a través de distintas mediumnidades.

“Si el alma, dicen Biblia en mano, no es algo que sigue viviendo tras la muerte del cuerpo, es imposible que los vivos podamos comunicarnos con ella. De modo que las supuestas manifestaciones espiritistas son obra exclusiva del mismísimo Satanás y su corte de espíritus malignos”. Infantil argumento que sólo demuestra cuán arriesgado resulta hablar sobre un tema que se desconoce. Después de estudiar las obras de Allan Kardec, el codificador del Espiritismo, y de otros autores, nadie podría atribuir al diablo los fenómenos espíritas.

El demonio no existe, tendría que haberlo creado Dios y Él no puede equivocarse. Sí existen espíritus inferiores, por la sencilla razón que son seres que están evolucionando, pero con tiempo, superadas todas las etapas precisas, llegarán a ser espíritus puros.

Los espíritus inferiores no son los únicos que pueden comunicarse con los moradores de la Tierra, buscando la mayoría de las veces, sosiego para sus tribulaciones. Dios permite que los espíritus buenos se acerquen a nosotros para traernos un mensaje certero de esperanza y consuelo. Ellos son prueba irrefutable de inmortalidad, esclarecen la incógnita del sufrimiento humano, y exhortan a crecer espiritualmente practicando el Bien, único medio para alcanzar la Paz.

¿Pueden ser éstas las enseñanzas del Diablo? En modo alguno, porque ello redundaría en contra de sus propios intereses, al convertirse en portavoz de la existencia de Dios y la necesidad de cumplir sus leyes.

Prueba de la diversidad de espíritus que pueden comunicarse con los mortales, es esta sabia advertencia: “Amados, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios”. (1 Jn 4)

Es menester estudiar seriamente “El libro de los Médiums” de Allan Kardec para informarnos

con toda exactitud, sobre los beneficios y riesgos que comportan las facultades medianímicas. Hay personas que ignoran poseerlas, lo cual les acarrea una serie de problemas, dudas, confusión e incluso el temor de sufrir enajenación mental, al desconocer el origen de sus percepciones audiovisuales. En contra de lo que se supone, son las enseñanzas de la ciencia Espírita, las que ayudan a estos médiums en desarrollo a recobrar el equilibrio y la calma interiores, consiguiendo que vuelvan a efectuar, con la máxima normalidad, todas y cada una de sus actividades cotidianas.

Los Testigos de Jehová aseguran que la Biblia, o por lo menos así lo han incluido en la suya, dice: "No se vuelvan a los Médiums espiritistas..." (Levítico 19, 31)

Resulta curioso en extremo "leer" esta frase en su versión del Antiguo Testamento. La palabra Espiritismo tiene poco más de 143 años y debemos su existencia a Allan Kardec, quien la empleó por vez primera para designar la doctrina de los espíritus. Es probable que los Testigos ignoren este importante requisito, ya que imprudentemente, han añadido el mencionado vocablo a su particular interpretación bíblica. Sin embargo, impelidos de fanático celo doctrinario por combatir la creencia en la inmortalidad del alma, no vacilan en predicar, sin conocimiento de causa, que "consultar a un médium, preguntar a los muertos o buscar agüeros, son prácticas espiritistas. Algunas formas de adivinación son la astrología, la quiromancia, consultar una bola de cristal, interpretar los sueños y leer las cartas del tarot. A todo ello la revista "¡Despertad!" llama "algunas formas de espiritismo".

Con respecto a la interpretación de los sueños, cabe destacar a un famoso intérprete, José el hijo de Jacob, según relata el Génesis. Cuando dos compañeros de prisión le preguntaron si podía descifrar el significado de sus sueños, contestó: "¿No son de Dios los sentidos ocultos?". Conocido es el episodio de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas, hasta el punto que aún hoy utilizamos esta referencia para designar tiempos de abundancia o escasez. Asombrado el Faraón de la exactitud con que José precisó el mensaje de sus sueños, comentó: "¿Acaso se encontrará otro como éste que tenga el espíritu de Dios?"

El evangelista Mateo escribió que en cuatro ocasiones, un ángel se apareció en sueños a José, el esposo de María, primero para que no la repudiara por estar embarazada. Después le previno de las pésimas intenciones del rey Herodes, indicándole que huyera a Egipto con su familia. Más tarde le notificó la muerte del rey, por lo cual podía regresar a Israel porque Jesús ya no corría ningún peligro. Y una vez allí, el ángel le aconsejó que se instalara en la región de Galilea, en la ciudad de Nazaret.

El Espiritismo no puede evitar que un buen número de personas se autodenominen médiums y videntes, y ofrezcan unos servicios por simple lucro, sin conocer ni pertenecer a la doctrina espírita.

Es de justicia, no obstante, distinguir a quienes, honestamente, se dedican a prestar ayuda moral, a través de alguna práctica de las llamadas adivinatorias, calmando el desasosiego de seres que viven situaciones dolorosas e inciertas. ¡Por sus frutos se conoce al árbol!

Es preciso puntualizar que el Espiritismo no acepta ninguna de tales prácticas. La crítica es saludable cuando denuncia posibles errores, tras haberlos observado con mirada imparcial. Si no cumple el objetivo de pulir conceptos y formas de proceder, la crítica se convierte en un arma destructiva y ruin, porque descalifica adrede a personas o doctrinas.

## LA GRAN ALTERNATIVA

Dora observaba como su hija escogía de un montón de piezas de distintas formas y colores, la que precisaba para reproducir el modelo del puzzle. Poco a poco iba apareciendo un bello paisaje, un cielo surcado de rosadas nubes, un lejano monte, un valle en el que se asentaba una pequeña aldea y en primer término las mansas aguas de un riachuelo a cuya vera crecían frondosos árboles, y en su margen izquierda, dos jóvenes pastorcillos vigilando atentos, media docena de ovejas. Para poder apreciar el cuadro en su totalidad, es imprescindible que no falte una sola pieza y todas han de ocupar su lugar correspondiente, de lo contrario emergería un paisaje incompleto, moteado de inexpresivos huecos.

Dora evocó las bases y conceptos que sostienen la mayoría de las religiones y sonrió. Son tan infantiles e inconsistentes que no resisten el libre examen. Faltan las piezas idóneas para revelar,

con mayor exactitud, el gran enigma de la vida y la muerte, esta palpable realidad por todos conocida y a la cual nadie puede sustraerse.

Nuestra efímera estancia en la Tierra y las distintas situaciones que nos envuelven, permiten admitir que nacemos con un plan preconcebido. Observando los efectos, lógico es deducir que proceden de una causa. La preexistencia del alma, dotada de libre albedrío y su equivocado comportamiento en el pasado, señalan el sendero que recorrerá, con más o menos dificultades, en el presente y aún en existencias futuras, según su desarrollo moral. Descartar el hecho irrefutable de la evolución de los espíritus a través de la ley de Reencarnación, equivale a negar la justicia divina.

La creencia en una sola vida es relativamente reciente, apareció en los primeros siglos del cristianismo, esta doctrina que la ignorancia o un interés poco loable de sus dirigentes, han deformado sensiblemente. En cuanto a las penas futuras, el infierno pagano era más equitativo con los condenados que caían en él. Los suplicios se aplicaban, en el Tártaro, según el grado de culpabilidad de los desmanes cometidos.

Hacia el año 593, la iglesia católica con intento de corregir y suavizar la dureza de las penas, inventó el purgatorio, un lugar donde se podían expiar los pecados veniales. A raíz de ello nació el escandaloso comercio de las indulgencias, con cuya ayuda se vendía la entrada para el cielo. El interesado tenía la opción de abonar el precio de los sufragios en vida o designar a otra persona para que cumpliera este requisito, después de su muerte. Tal abuso fue la primera causa de la reforma. Entre otras cosas, Lutero, no estaba de acuerdo con las oraciones pagadas.

¡Cuán cierto es que no hay nada nuevo bajo el sol! En el segundo libro de los Macabeos, capítulo 12, 43, 46, del Antiguo Testamento, se cita un precedente: "Judas después de haber reunido entre sus hombres cerca de dos mil dracmas, las mandó a Jerusalén para ofrecer un sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado".

Es obvio que si se recurre a este subterfugio es para alcanzar la eterna gloria. Lo difícil es zafarse de la condenación eterna a la que los humanos podemos hacernos acreedores, por los más dispares deslices.

Célebre es el final del personaje de ficción, don Juan Tenorio, quien se libró de la condenación eterna, al ver pasar su propio entierro, teniendo así la total seguridad de la supervivencia del alma y arrepentirse, al punto de sus múltiples crímenes y calaveradas. El ingenio de Zorrilla debió sopesar que si su protagonista podía ser absuelto cinco minutos antes de morir, también merecía serlo después de morir su cuerpo. Un inspirado y poético mensaje.

Las enseñanzas que Dora recibiera en su niñez, decían que por un pecado mortal, faltar a misa un domingo por ejemplo, si llegaba la muerte de improviso, sin conceder tiempo para el arrepentimiento, se adquiría el derecho de ser huésped perpetuo del antro infernal. Si la Iglesia predicó esta "minucia" con ánimo de atemorizar a sus feligreses, lo consiguió con creces. Cumplido este objetivo no se percató, parece, que aseverar la existencia de un castigo eterno, que siempre guardaría mayúscula desproporción con la falta cometida, es admitir también, automáticamente, que la Bondad y Justicia divinas no son infinitas, puesto que conocen un límite. Nunca se insistirá lo suficiente en denunciar tamaña sinrazón.

Dora hizo un mohín de desagrado. Las piezas del puzzle doctrinario no encajaban. La humanidad tiene tres alternativas: la nada, la absorción (panteísmo), o la individualidad del alma antes y después de la muerte. La nada es silencio, inmovilidad, vacío y destrucción. La doctrina que predica la absorción en el todo universal, señala que el alma pierde su individualidad al sumergirse en el infinito, como una gota de agua en el océano. ¿De qué le aprovecharían al alma, sus esfuerzos por mejorar si se le niega el derecho de conservar su yo?

Tampoco complace la idea de una sola vida, pendiente de mil situaciones no equitativas, sin respuesta satisfactoria, que conducen a un final feliz o desdichado, pero irrevocable.

Dice Allan Kardec en su libro "El cielo y el infierno" capítulo 1,8: "Una teoría no puede ser aceptada como verdadera más que con la condición de satisfacer la razón y dar cuenta de todos los hechos que abraza. Si solamente un hecho viene a desmentirla, es porque no está en lo verdadero en absoluto".

Siguiendo esta premisa lo más prudente es rechazar cualquier doctrina que no reúna tales condiciones, un examen severo dejará al descubierto la inexactitud de sus postulados.

Cuando alguien desconoce la raíz profunda de la ley de Reencarnación, suele comentar que es injusto vivir situaciones dolorosas por el mal proceder que "otra" persona tuvo en un tiempo más o

menos lejano. Esta queja se formula al no captar que no se trata de otra persona, sino del mismo Espíritu animando distintos cuerpos y creando circunstancias adversas en virtud de su libre albedrío. Por otra parte ¿acaso sería más justo vivir, a veces desde la más tierna infancia, graves tribulaciones sin una causa anterior? Escapa a toda lógica culpar a un azar cruel o caprichoso, por tanto es menester aquí, utilizar el raciocinio para encontrar las debidas respuestas.

Ya Empédocles, filósofo griego nacido en el año 492 antes de la era cristiana, admitió la reencarnación de las almas como proceso de purificación. La evolución del género humano es lenta, pero Jesús que conocía esta ley aseguró: “Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz”. (Mt 15, 13) Esto acontecerá cuando la inmensa mayoría de los habitantes del planeta Tierra, prescindan de la pretendida ayuda moral de guías ciegos.

## LA HUMANIDAD Y SUS DIOSES

Dora sabía que desde remotas épocas, los primitivos pobladores de este planeta envueltos en la espesa neblina de su ignorancia, movidos por la débil luz que iluminaba su capacidad de comprensión, en tales albores del limitado razonamiento, reconocieron en los desatados elementos de la naturaleza, unas fuerzas superiores. Impotentes para vencerlas, se sometieron a ellas y les pusieron nombres ofreciéndoles todo tipo de sacrificios para calmar sus iras y obtener compensaciones, como que el sol naciera todos los días, recibir el beneficio de la lluvia o el cese de la furia de vientos y tempestades. Un nutrido número de dioses, semidioses, héroes, mitos y leyendas pululan en la historia de todos los pueblos y sus profundas raíces se pierden en la noche de ancestrales tiempos.

En el momento oportuno, cuando los seres humanos han estado más o menos preparados para asimilar las primeras enseñanzas, han aparecido los Maestros idóneos, señalando a sus pequeños alumnos, la senda a recorrer.

Tal como estaba escrito, el Mesías debía nacer de la casa de David. José, el carpintero, sí era descendiente de dicho rey, de lo que se deduce que alguien anduvo equivocado, porque si Jesús hubiera sido engendrado por el Espíritu Santo, genéticamente no podría ser considerado hijo de David. “Acerca de su hijo, nacido del linaje de David según la carne,” corrobora el apóstol Pablo en Ro 1, 3.

Otra gran confusión se fraguó en Isaías 7, 14, “He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel”. El término hebreo “almah” designa muchacha o joven recién casada, sin concretar más. La versión griega tradujo joven por virgen.

En el año 431 el Concilio de Efeso, parodiando los mejores tiempos de la mitología, estableció como divina la maternidad de María. Partiendo del principio que el pueblo llano ejerce escaso uso del libre examen, queda comprobado que una idea por absurda que sea, primero hay quien provisto de poder, la impone y con el tiempo es aceptada por una importante mayoría.

Cabe preguntarse hasta que punto son fiables las siguientes indiscreciones íntimas del matrimonio José y María. “Y no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito y llamó su nombre Jesús”. (Mt 1, 25) Este texto además de negar una “virginidad perpetua,” abre paso para hablar de los hermanos del Maestro.

“Después bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos” (Jn 2, 12)

Controvertida polémica ha desatado el dogma de la trinidad, sin embargo es la autoridad del propio Jesús quien pone de manifiesto, en profusión, que él no es Dios.

“Porque yo de Dios salí, y vine, y no de mí mismo, más Él me envió.” (Jn 7, 33)

“Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque he dicho que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo”. (Jn 14, 28)

“Porque yo no he hablado de mí mismo: más el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que tengo que decir y de lo que tengo que hablar. (Jn 12, 49)

“Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado”. (Jn 7, 17)

“Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió”. (Jn 14, 24)

Allan Kardec en su libro “Obras póstumas” hace un completo y razonado estudio sobre la naturaleza de Cristo y comenta: “Desde el momento que nada hace de sí mismo, sino que la

doctrina que enseña no es suya, sino que la recibió de Dios, que le mandó que viniese a darla a conocer; desde el momento en que sólo hace lo que Dios le ha dado poder para hacer y que la verdad que enseña la ha aprendido de Dios, a cuya voluntad está sometido, Cristo no es el mismo Dios, sino su enviado, su mesías y su subordinado”.

Cristo, reiteradamente, insiste en que no somos huérfanos, al contrario, nos habla de un Padre de Amor y Bondad a quien debemos dirigirnos dándole este nombre para reclamar el “cotidiano pan” alimento del cuerpo, y la fuerza necesaria para no “caer en tentación”.

“Si pues, vosotros siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan! “ (Mt 7, 11)

Y al trazar el tipo de conducta que más nos conviene, señala: “Vosotros, pues, sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial”. (Mt 5, 48)

Es evidente que Jesús tuvo un marcado interés en recalcar la expresión “vuestro Padre que está en los cielos” a fin de que no olvidáramos de quien procedemos.

La máxima revelación tuvo lugar después de su muerte física cuando se apareció a María Magdalena y, categóricamente, sin dar cabida a la más ligera duda, puntualizó: “Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. (Jn 20, 17)

El Maestro nos insta a ser perfectos, pero admitiendo los distintos y equidistantes grados de inferioridad moral del género humano, es inadmisibles pensar que se pueda alcanzar la perfección en una única existencia aquí en la Tierra, por longeva que fuera. Así que se hace imprescindible aceptar el proceso de múltiples existencias, siempre solidarias unas con otras para que se cumpla la ley de Evolución Espiritual.

“En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre”. (Jn 14, 12)

En este significativo pasaje Jesús nos descubre que no es Dios, porque si nosotros pudiéramos hacer, “obras mayores que él” equivaldría a poseer una ilimitada capacidad para poder superar “las obras de Dios”.

La humanidad acredita ser una gran experta en fabricar dioses. Divide y vuelve a dividir, una y otra vez, los mismos mensajes. Con intento de engrandecerlos, el iluminado de turno, se atreve a retocarlos, “esclarecerlos” según su criterio, buscando las más inverosímiles respuestas, en los puntos menos creíbles, aquellos que no resisten un análisis razonado. Ahora prácticamente todas las contiendas religiosas se fraguan enarbolando, cada cual, los libros sagrados y las consiguientes citas a convenir, anatematizando en su nombre al contrincante.

Los jefes de todas las confesiones que proceden de una misma rama, aseguran que es más lo que les une que lo que les separa. Sus argumentos, sin embargo, lejos de parecerse a una actitud conciliadora, demuestran que “ese poco” que les distancia, es un muro insalvable, porque cada uno de ellos dice ser el único camino disponible y veraz de salvación.

Los sufridos o incautos adeptos, sacudidos de temor y espanto por los “castigos” a que podrían hacerse acreedores de intentar estudiar otras opciones, quedan atrapados en la maraña de la fe ciega. Se les niega utilizar su libre albedrío, quedando así atascados lejos de la senda que conduce al conocimiento de una Verdad mayor, la que sí nos hace libres.

No podemos ser esclavos de inseguridades, si sabemos que ser hijos de un único Padre de Amor Infinito nos convierte a todos en legítimos herederos de Vida creciente, plena, inacabable..., ¡y merecedores del mismo indiscutible destino!

## DE LAS MEMORIAS DE DORA

En el verano de 1999, Dora recogió buen número de recortes de periódico que hablaban de las últimas declaraciones del papa Wojtyla, acerca de la no existencia del clásico cielo e infierno. Esparcidos los artículos sobre su mesa de despacho, el contenido de los mismos, disparó de inmediato un resorte que tuvo la virtud de devolverla a los aciagos días que siguieron a la recién terminada guerra civil española. El colegio regentado por monjas, bajo el amparo de la más severa dictadura, acogiéndose a este privilegio, impartía la demoledora idea de un atroz infierno para los que habían fallecido durante la contienda, sin los auxilios espirituales exigidos por la iglesia.

Dora revivió todo el temor y el ahogo que se apoderaron de su infantil corazón, pensando en la terrible suerte que su querida madre había merecido después de su muerte. Ahora alcanzada la madurez, no pudo contener el torrente de quejas, censuras y argumentos que bullían dentro de sí, y lo volcó en su diario.

“Julio de 1999. Los medios de comunicación nos dicen que el papa Wojtyla parece que ha hecho un importante descubrimiento de acuerdo con los jesuitas que siempre han demostrado ser los más listillos. Ahora el cielo no está en un lugar concreto de rosadas nubes y angelitos de cabeza y alas sin culito, ni tampoco existe un infierno con fuego y azufre. Los muchachos del Vaticano siempre despiertan tarde. Cuando caen en la cuenta de que están haciendo el ridículo más espantoso, se apresuran en disimular el resbalón, eso sí, siempre con intento de proteger los privilegios terrenales y asegurar la fidelidad de la clientela. Hace pocos años la Iglesia pidió perdón, públicamente, a Galileo, quien estuvo a punto de perder la vida por orden de los “sabios inquisidores” porque aseguraba que la Tierra no es el centro del universo.

“Las declaraciones del Papa quizá habrán tranquilizado a más de un católico, pues les quedará el consuelo de que si una noche dejan de respirar, con un pecado gordo pesando sobre su conciencia y sin tiempo de confesarlo, no se tostarán en el infierno. Lástima que a los “infalibles” de Roma la ideita no les hubiera iluminado sesenta años antes. Yo me hubiera ahorrado la cruel angustia de creer que mi madre viviría, eternamente, envuelta en llamas y sin una gota de agua para calmar su sed.

“Aparte de arrinconar el decorado por descolorido y polvoriento, Juan Pablo II, ha conservado el argumento de la obra. He leído que “El cielo y el infierno son un estado del alma. El infierno, más que un lugar, es la situación que vive quien se aleja de Dios definitivamente por propia voluntad. No tenemos que atribuir la condenación a la iniciativa de Dios, porque en su amor misericordioso, Él no puede querer otra cosa que la salvación de todos los seres que ha creado. En realidad es la criatura la que rechaza su amor. La condenación consiste, por lo tanto, en la separación definitiva de Dios.” Con tales manifestaciones el señor Wojtyla, se ha quedado tan ancho. No ha reparado que el infinito Amor de Dios, ha de estar en consonancia con su infinita Justicia, y el castigo, por grave que fuera la falta, siempre sería desproporcionado. Algunos teólogos, utilizando el sentido común, también lo apuntan así.

“Jamás olvidaré la fuerte dosis de confusión, dudas y angustias que he recibido de la Iglesia. No quiero olvidarlo, al contrario, quiero mantenerlo vivo en la memoria, para que jamás tampoco, se adormile mi capacidad de discernir y argumentar todas las contradicciones que esta institución predica. Muchos feligreses, ahora, ya no son tan obedientes y confiados. Cualquier bautizado puede sentirse teólogo y opinar sobre temas considerados sagrados. La libertad de expresión y la pérdida de poder eclesial, lo han hecho posible. El imponente edificio tambalea, numerosas grietas demuestran que es vulnerable y ello invita a pensar si los cimientos de la fe descansan en un terreno suficientemente sólido.

“Este es mi gran reto, buscar contrasentidos, incoherencias, errores y supersticiones, sostenidas a lo largo de los siglos, por quienes, con desmesurado orgullo, han pretendido estar en posesión de toda la verdad, afirmando ser ministros indiscutibles del mismo Dios. Todavía hoy, aún sostienen que toda la estructura de la doctrina católica descansa sobre el pecado original, aquel pecado de desobediencia de “nuestros primeros padres”, que por cierto nos ha dejado una triste herencia, aunque no repartida a partes iguales. Parece ser que el caso era irremediable, por un hombre, Adán, dicen, había entrado el pecado en el mundo, y por otro, Jesús, nos llegaba la

salvación. El precio de esta salvación, según la iglesia, fue tan alto para Dios, que no está dispuesto admitir a su lado a quien no haya seguido las enseñanzas de su Enviado, dentro de un tiempo limitado. La Sabiduría, el Amor y la Omnipotencia, todos los atributos infinitos de Dios quedan recortados, disminuidos, inexistentes, frente al eterno rechazo de sus criaturas. No se puede admitir esta idea por estar lejos de toda lógica y muy cerca de la sinrazón más evidente.

“Me parece bien que existan creencias variadas y múltiples, como diversos son los planteamientos que nos hacemos las personas sobre Dios, la vida y la muerte. El respeto que nos debemos unos a otros, obliga defender la libertad de elegir el camino que estimemos más conveniente. Lo verdaderamente grave es que las fábulas que predicán y consideran verdades incuestionables la mayoría de confesiones religiosas, generan incredulidad y escepticismo. La raíz del problema, en buena medida, nace aquí. En enseñar utopías, en vez de estudiar las leyes naturales que gobiernan la Creación. Los seres humanos, durante la vida, nos encontramos ante situaciones difíciles, amargas, sin posible salida. Es el momento de las preguntas que, aparentemente, no tienen respuesta. Es desolador sentirse huérfano y no poder reclamar la ayuda de un Padre, porque la razón, siempre calculadora, nos dice que parece imposible que de este desorden terrenal, podamos esperar justicia y equilibrio y emerger de la soledad y la impotencia que nos aplasta.

“Mi formal queja va dirigida a la Iglesia católica, y no a las otras puesto que ellas son hijas de la Reforma. Durante los tres primeros siglos de cristianismo, la doctrina de vidas sucesivas, era una creencia generalizada. Los discípulos de Jesús no se sorprendieron lo más mínimo cuando él les habló de que a Elías y a Juan el Bautista les había animado el mismo espíritu.

“En el año 553, el tristemente famoso Concilio de Constantinopla II, a instancias del emperador Justiniano I, condenó bajo pena de anatema a quien sostuviera la creencia en la Reencarnación. La promulgación de dicha ley, que significó la persecución y la muerte, cayó como fría losa sobre los pueblos. Silencio y olvido. Los orgullosos no aceptan perder privilegios. Para admitir la ley de Reencarnación, es preciso ser humilde. ¿Es por tal razón que la Iglesia no regresa a sus orígenes? Tan alto se han enaltecido, apoltronados en sus sitials, que les aterra reencarnar y perder sus prebendas.

“Los señores del Vaticano, dominados por la presunción de ser unos elegidos que tienen asegurada la eterna gloria, prefieren una justicia divina hecha a la medida de sus conveniencias. Lejos de elaborar un estudio objetivo e imparcial de sus intocables dogmas de fe, han creado la figura de un Dios limitado. Un Dios que no nos ama a todos por igual puesto que la intensidad de su Amor sube o baja de nivel según el comportamiento y los sentimientos de los pobres mortales...

“Obligado es que me detenga por un momento, el tema reclama un inciso. ¿Quién nos ha creado tan diferentes? ¿Qué separa a la persona honesta, de buen corazón, de la que lo tiene endurecido y no se puede esperar de ella ninguna acción positiva? ¿Cuál es la razón de este abismo? Privilegio no, el privilegio en este caso sería sinónimo de injusticia. Ley de Evolución Espiritual sí, mediante el nacer y volver a nacer, intentando levantarnos tras la caída fruto de nuestra infancia espiritual, venciendo obstáculos y debilidades, hasta llegar un día, por mérito propio a conquistar el Equilibrio y la Paz. Todos estamos inmersos dentro la ley de Causa y Efecto, se quiera aceptar o no, de igual manera que la Tierra, en sus rítmicos movimientos de rotación y traslación, se llevaba a quienes sostenían que el mundo estaba quieto.

“La guarda y custodia de la pureza de la fe, ha representado una excelente excusa para el clero, que con amenazas de condenación eterna y castigos “ejemplares” del Santo Oficio, ha conseguido que su rebaño ande a ciegas y Roma sabe muy bien que en el país de los ciegos, un tuerto es el rey. Al esconder la lámpara debajo del celemín, tal como dice el evangelio, no lo hacen por ignorancia, sino para proteger los grandes intereses materiales y el vasto poder de que disfrutan. Tal actitud tiene pocos atenuantes. Recuerdo que mi hijo, cuando tenía poco más de diez años, comentó que la Iglesia había sobrecargado tanto de mentiras la barca de san Pedro, que algún día se hundiría. Supongo que con ánimo de sobrevivir a la gigantesca ola de avances sociales, culturales y científicos, el Vaticano se siente obligado a tirar por la borda alguna nimiedad.

“Hay quien cree, y es cierto, que ya estamos en el infierno y otros esperan convertir la Tierra en un lugar lo más parecido a un paraíso, cosa muy encomiable.

“Cuando cataclismos naturales imponen su irreducible furia sobre los pueblos y cientos de criaturas humanas son arrastradas por las aguas o enterradas junto a sus casas cuando la tierra tiembla, nosotros en inmensa mayoría, nos unimos al dolor de la tragedia. La solidaridad,

entonces, se convierte en un fenómeno real de generosidad hacia el prójimo.

“Terriblemente más escalofriante es presenciar los numerosos conflictos bélicos que afectan a diferentes pueblos, enfrentados por inadmisibles razones étnicas o territoriales, pero en el fondo siempre por intereses económicos. Resulta aterrador ver como dictadores sin conciencia, puesto que no conocen la clemencia, someten, torturan y asesinan a centenares de personas. Los medios de comunicación nos ofrecen las más cruentas imágenes, que compartimos con la comida y la cena. Nos preguntamos perplejos, como se pueden cometer tales atrocidades, porque la gente normalmente somos pacifistas, queremos vivir en buena convivencia y lo contrario desata la indignación de casi todos.

“Desengañémonos, sólo el Amor nos puede liberar del sufrimiento. Nos urge aprender a amar, pues la consecuencia del desamor nos hace prisioneros de volver a este mundo una vez tras otra. Pedimos a Dios en la oración del padrenuestro, que nos libre de nuestros enemigos. La convivencia con un enemigo no es recomendable, porque la situación se puede agravar tanto, que estallen brotes de violencia que conduzcan incluso, a extremos homicidas. La prudencia nos aconseja, pues, apartarnos de toda persona incapaz de comportarse civilizadamente. Los humanos somos imprevisibles, y las diferentes maneras de vivir y sentir las situaciones, a menudo nos enfrentan. Es difícil amar sin limitación alguna. En numerosos casos un amor sincero, sin egoísmo, no existe ni entre personas unidas por los más estrechos lazos. A yernos y nueras, por ejemplo, casi nunca se aprecian por sus méritos propios, sino en función de la calidad de vida que proporcionan a nuestros hijos.

“Nos es realmente difícil perdonar los agravios. Cuando alguien nos ha ofendido, buscamos hasta encontrarlo, el defecto de la persona que ha desencadenado el determinado comportamiento innoble, desleal hacia nosotros, o lo que es peor, contra nuestros seres más queridos. De ello se desprenden diferentes actitudes, la más radical, “no lo perdonaré jamás”, otras más suaves, “perdono pero no olvido” o “esta persona me resbala, siento por ella una total indiferencia”. La indiferencia es ausencia de amor. No es odio, pero sí rechazo a las debilidades que juzgamos inmorales y “condescendientes” aseguramos que quien nos ha ofendido no tiene principios, o que es un ser tan primitivo que sólo puede pensar en cubrir necesidades materiales porque aún no ha desarrollado sus sentimientos.

“Admito que no es fácil seguir teniendo en la misma estima, como si nada hubiera ocurrido, a la persona que nos hiere en cuerpo y alma, que nos roba, miente o traiciona. Y duele más todavía recibir un trato que nunca hubiéramos dado. Sientes que pisotean el amor que habías ofrecido sin reservas y la respuesta, casi siempre, es cerrar la puerta del corazón. La desconfianza es un buen cierre para impedir que el afecto maltrecho, resurja de nuevo. Encontramos los argumentos que sean en apoyo de nuestra actitud. Es cierto que tenemos el derecho de evadirnos de situaciones desagradables, pero no es menos cierto que, al mismo tiempo, mantenemos nuestra postura de no olvidar todos y cada uno de los condicionantes morales que han impulsado a obrar de manera tan injustificada, a la persona de quien guardamos prudente distancia.

“Cabe la posibilidad que encontremos tan graves unos defectos porque ya los hayamos superado. Tener superado un defecto, significa que había formado parte de nuestra personalidad. Ello nos señala que debemos ser más tolerantes, y si no somos capaces de practicar esa virtud, admitamos al menos que esta es nuestra asignatura pendiente.

“Releyendo estas memorias, tengo la satisfacción de comprobar que he sido honesta conmigo misma. He confiado a este diario, palpitantes horas imborrables, que me han acompañado siempre, los anhelos de mi espíritu, vivos, que no desmayan, y los sentimientos, la realidad de mí existir. Ellos, los sentimientos, perdurarán, se transformarán, porque crecerán en el largo camino de mi evolución espiritual. La cumbre está muy alta y una enorme distancia me separa de ella.

“No quisiera que cualquiera que tuviera acceso a estas páginas pudiera creer que cuando expongo pensamientos o comentarios, lo hago impelida por la pretensión de sentirme lo bastante superior, como para dar consejos a los demás. Todo lo contrario. Quiero confesar aquí, que yo también siento indiferencia, prueba irrecusable de mi pequeñez. Sé, sin la menor duda, que con las personas hacia quienes mi afecto ha menguado considerablemente, volveremos ha reunirnos en una nueva reencarnación. A pesar de ello no puedo evitar pensar que “ellas”, espiritualmente, habrán mejorado. En este momento continúo juzgando...

“Jesús insistió una vez tras otra, en la necesidad de amar y perdonar a los enemigos. “Porque sí amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener?” Y cuando Pedro preguntó si tenía que

perdonar a su hermano siete veces las ofensas recibidas, el Maestro le contestó: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”. Extraña petición es esta que nosotros, imperfectos mortales, tengamos la obligación de obrar magnánimamente y no podamos esperar que nuestro Padre nos perdone las culpas, siempre ocasionadas por la condición humana. El señor Wojtyła, así lo ha ratificado. La condenación es eterna, para quien se equivoque a la primera y no se arrepienta. Falta saber en que consistirá esta condenación y que tipo de “justicia” la regirá, porque la conciencia de los seres humanos puede ir de un gris paliducho al negro.

“Los razonamientos del Vaticano son tan contradictorios, tan distantes de toda lógica, que no me convencen lo más mínimo. Desvirtúan la misma esencia de un Padre perfecto, tal como enseñaba Jesús. A la perfección divina en grado infinito, resulta incoherente atribuirle la ausencia de misericordia y el rechazo eterno de millares de almas. Sigo creyendo que los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, deben analizarse con sano criterio. Las ideas personales de sus autores, expresadas en un lenguaje pobre y las numerosas traducciones que han sufrido, son los mayores obstáculos a la hora de entresacar una lectura esclarecedora. Siempre que intento aunar, determinados textos y objetividad, siento que me engulle el mayor caos mental. Y es que un manjar de tal categoría es difícil de digerir y en más de una ocasión las personas acaban arrinconando la Biblia al no comprender su opaco lenguaje.

“De cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios”. Esta es la luz del Evangelio. El misterio descubierto del enigmático jeroglífico. No existe otro. La Reencarnación, repetiré siempre, nos habla de justicia, de igualdad en la Creación. Hay una única senda que conduce a la cumbre del Reino: la práctica total del Bien.

“El perdón es el estallido del amor, de la humildad, de la generosidad. En este aspecto la lección más sublime la hemos recibido del Maestro Jesús. Injustamente aprisionado, acusado, escarnecido, flagelado, coronado de espinas y condenado a muerte de cruz, mientras los soldados cumplían el bárbaro mandato, Él, superándose a sí mismo, en un raudal de generoso amor, convirtiendo en palpable realidad su enseñanza, suplica: “Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

“El perdón es, sin la menor duda, el sello de espíritus superiores, pero el gesto de Jesús va más allá. No sólo perdona, ruega clemencia para sus verdugos. Y este hecho garantiza la autenticidad de su misión. El ejemplo es una rúbrica que tiene más fuerza que la palabra, y los humanos lo necesitábamos.

“Pienso que Jesús debía saber que no era preciso pedir clemencia al Padre. Recorrer a tal instancia significa intentar que se suavicen los sentimientos de alguien, con el fin de que adopte una posición más benévola, no tan rígida. Si la razón no nos permite cuestionar que las leyes divinas son justas e inmutables, nos cabe añadir que, además son clementes.

“De la mano de la imaginación, yo que no soporto la más pequeña injusticia, he recorrido el largo camino del Calvario, cargando sobre mi persona, improperios, ultrajes y torturas, hasta sentir, casi, con escalofríos, como los clavos penetraban en mis extremidades. Es el punto culminante de la cruel condena. Y cuando el aire parece faltar a mis pulmones y un grito de rebeldía nace del fondo de mi alma, escucho las palabras del Maestro que crecen y crecen, resonando en el infinito.

“Mi espíritu permanece acurrucado, consciente de que a través de milenios, cuando sólo era un embrión espiritual, empecé el largo proceso evolutivo. Tiempo y más tiempo para aprender a caminar, entre resbalón y caída al fondo del abismo. ¿Qué clase de comportamiento habrá generado mi ignorancia? ¿Con cuales despóticos procedimientos me habré mantenido en el poder, alimentando el propio orgullo, sometiendo vasallos y familia? ¿Y de cuántas amargas lágrimas ha sido causa mi frialdad? Las preguntas, claras y desafiantes, me sacuden y adivino las respuestas. Respuestas que una ley previsoras nos esconde, porque desconociendo nuestra inferioridad y la gravedad de las culpas acumuladas, nos sea más fácil sacar un buen resultado de cada nueva oportunidad que nos conceden en las múltiples reencarnaciones. Sí, la falta de memoria de las existencias pasadas, lejos de ser un obstáculo, nos allana la senda, y de este modo podemos convivir, mediante lazos familiares, con el peor de nuestros enemigos o con quien hemos quitado la vida.

“Me conmueve el gesto de Jesús. ¡Su indiscutible ternura hasta llegar a suplicar perdón para los culpables, atribuyendo sus actos a la falta de conocimiento del bien! Tanta magnificencia me comunica energía suficiente para levantarme y permanecer de pie. De súbito he descubierto lo que quiero, lo que he de conseguir.

“Cuando un ser es capaz de perdonar una ofensa, sin calcular su magnitud, ese ser se libera del yugo de odios y rencores, nada le ahoga, y conquista el derecho de respirar el aire límpido que envuelve a las conciencias en paz.

“La situación del que ha sido perdonado, en cambio, no es la misma. Una gran distancia separa el uno del otro. Cuanto más sincero y generoso es el perdón, más pequeño y avergonzado se siente el culpable en el momento que despierta su conciencia, erigiéndose en su propio juez. El perdón que nos conceden, a la par mantiene presente en la memoria, de manera irrevocable, que hemos cometido un acto punible.

“Es por esta razón que yo no quiero que me perdonen. Si alguien lo hace, mejor para él, significará que es un espíritu que está en un buen nivel de evolución espiritual. Pero a mi no me basta con obtener el perdón por mis debilidades. Quiero, necesito imperiosamente, que quien haya recibido un daño más o menos grave de mi mano, me permita que le ame. Curaré heridas, secaré lágrimas... Sólo necesito tiempo y el tiempo lo obtendré de la eternidad. Sé que un día aquella ternura que desprenden las palabras del Maestro Jesús, invadirá mi espíritu y nada me detendrá para llegar a cumbres de Equilibrio y de Paz, porque el Amor carece de fronteras, no tiene límites. ¡El Amor viene de Dios, por eso es Infinito!”

## FINAL DE TRAYECTO

Una doble hilera de vetustos plátanos custodian el largo paseo. Durante el verano sus ramas extendidas se juntan para convertirse en bóveda protectora, suavizando el rigor del sol. El fuerte viento otoñal que soplara la noche anterior, había arrancado numerosas hojas secas que crujían bajo los pies de los transeúntes. Poco a poco los plátanos quedarían desnudos de su caduca vestimenta, y mientras durara el invierno los troncos grises, altivos y desafiantes permanecerían allí, imbatibles, soportando el azote de las heladas. La primavera, siempre puntual, despertaría con su presencia, a la naturaleza. De nuevo la vida brotaría por doquier, engalanando con tiernas hojas los árboles que las perdieron y de la tierra estéril durante meses, surgiría la magia de mil plantas de distintas formas y colores que, en elocuente mensaje, nos hablarían de su renovado existir.

Eran vísperas de conmemorar la fecha de los fieles difuntos. Dora salió de la consulta médica, y empezó a caminar despacio por el paseo hollando la hojarasca, cosa que le produjo una agradable sensación, porque pensó en el regreso de la primavera tras la pausa invernal. En la sala de espera los pacientes entre sí sostenían, más o menos, la conversación de siempre, sus problemas de salud. Aquella tarde alguien enumeró recientes ingresos hospitalarios, e incluso el fallecimiento de tres personas conocidas. Ello produjo sobresaltos y lamentos, siendo la queja más general, por la rapidez que transcurre el tiempo, engulléndolo todo. La mayoría de las personas allí reunidas habían llegado a la jubilación, y por tanto sabían, aunque se negaban a admitirlo abiertamente, que el final de trayecto estaba cerca. Un final, decían, del que no hay ni escapatoria ni retorno. Una mujer recordó sus juegos de infancia, el colegio, las excursiones al campo..., le parecía que había sido ayer, sólo habían transcurrido más de sesenta años y no sabía como...

Dora no se atrevió a inmiscuirse en la conversación. A juzgar por los comentarios emitidos, el momento no ofrecía ninguna posibilidad de reflexión. Si ella hubiera señalado que la vida es inextinguible, sólo habría servido para cuantificar el grado de incredulidad imperante. Sintió lástima por las personas que la rodeaban. Su miedo era casi palpable. Estaba impresa en su apagada mirada la resignación que nace de la impotencia. Causa escalofrío comprobar que tantos miles de seres lleguen al final de su existencia con escasos o nulos conocimientos sobre la vida espiritual.

El materialismo frío, crudo y tajante, defiende que tras un plazo más o menos lejano, desconocido pero certero, llega el instante fatal de dejar de existir. Es el no ser, no sentir, no formar parte de la vida. Repugna aceptar la total destrucción de los seres, no poder recuperar jamás el movimiento, la acción, la capacidad de pensar y obrar, sin que nos asista el derecho de albergar pasiones, desarrollar sentimientos y llevar a cabo desinteresadas empresas en aras a la sociedad.

Dora recorrió las dependencias de su hogar. Contaba con infinidad de variados objetos que conservaba por una razón especial, recuerdos de familia y de viajes, obsequios, cuadros... Por encima de todo sobresalían las estanterías repletas de libros que, de acuerdo con su marido,

habían seleccionado a lo largo de más de cuatro décadas y constituían un sano alimento moral e intelectual para la familia. Mientras leía algunos títulos del querido tesoro, pensó que toda posesión, por pequeña que sea, crea lazos esclavizantes, y supone un esfuerzo desprenderse de las pertenencias que forman parte de nuestro entorno. Con mayor motivo las uniones afectivas más estrechas, son vínculos de una magnitud considerable, por cuya razón la muerte de un ser amado es una prueba difícil de superar. Ella lo sabía muy bien, y las experiencias vividas, la facultaban para entender la dolorosa situación de las personas que atravesaban el angustioso trance de la separación.

Supervivencia o destrucción, he ahí el eje de la cuestión, y punto de partida de la eterna disquisición. ¿Sobrevivimos a la muerte física? Personajes de indiscutible renombre han afirmado creer en la vida del más allá.

“La tumba que se cierra sobre los muertos abre el firmamento; y lo que tomamos por el fin, es el comienzo. La muerte es la puerta de la vida”. Víctor Hugo.

“No digáis que he muerto” Robert Browning, poeta inglés.

Las últimas palabras del escritor Walter Scot, fueron: “Siento, como si hubiera de ser yo mismo otra vez”.

“El amor es más poderoso que la muerte; el amor existe, la muerte no”. León Denis.

Afortunadamente disponemos hoy, de un nutrido número de hombres y mujeres que desde el campo de la medicina constatan, con sus experimentos de regresión a vidas pasadas, que la supervivencia es una realidad. Todo lo que el espíritu ha aprendido en sus diversas encarnaciones, constituye la memoria extracerebral y de forma provocada o espontánea, se consigue que personas de todas las edades, puedan detallar las circunstancias y los lugares donde se desarrollaron anteriores vidas, a veces tan próximas que posibilita un reencuentro con sus sorprendidos deudos. Tales comprobaciones trocarán el desespero por sosiego, tras la oscuridad se hará la luz.

Es de esperar que en el devenir, lo que hoy son unos controvertidos pero sugestivos estudios, trasciendan hasta ser de dominio público y la ley de Reencarnación, avalada por la ciencia, adquiera el reconocimiento que merece. A nivel planetario es incalculable el beneficio que puede aportar esta verdad universal. De inmediato empezaríamos por cuidar la Tierra, el hogar al cual regresamos para completar nuestra formación espiritual, llevando a la práctica compromisos ineludibles, que atestigüen nuestro crecimiento moral. Necesitamos que las selvas no mueran, el aire sea límpido y los mares no estén contaminados. No olvidemos que es de vital importancia impedir el progresivo deterioro del planeta, de los daños que manos insensatas le están causando. Nadie, medianamente precavido, derriba su propia casa para vivir sin cobijo, expuesto a las inclemencias del ambiente y privado de los recursos más elementales para cubrir las primeras necesidades. Sin embargo la naturaleza está siendo maltratada por quien más debería respetarla y cuidarla: el género humano, que no puede escapar del proceso evolutivo que le obliga a reingresar en el escenario terrestre.

Se objetará que a pesar de existir leyes sancionadoras y centros penitenciarios, no son obstáculo para que no sigan cometiéndose numerosos delitos. Es cierto, pero los infractores, comúnmente, piensan poder evadirse del peso de la ley, porque creen que nunca serán apresados y, en el peor de los casos, queda el recurso de ingeniar una buena coartada y hasta disponer de la ayuda de un competente abogado, si el responsable disfruta de una buena economía.

Ha quedado probado, en más de una ocasión, que la justicia humana es falible, pero no así la natural o divina. Si estuviéramos persuadidos de que toda acción negativa ha de acarrear, inevitablemente, unas consecuencias proporcionales a los desmanes cometidos, cambiaríamos de comportamiento, aunque en primera instancia sólo nos guiara el miedo de hacernos acreedores a situaciones análogas o equivalentes a las que hemos provocado. No admite duda que el daño físico o moral que ocasionamos a un semejante, retorna siempre al ejecutor y representa la más justa y estimulante de las lecciones. No hay tribunal más infalible, ni juez más severo que uno mismo. Sucede en ocasiones que un espíritu durante siglos, puede encontrar atenuantes para sus extravíos, pero a su debido tiempo despertará bajo la presión de la inmutable ley de evolución y emprenderá la tarea de reajuste espiritual.

Es hora de insistir en que no hay un final de trayecto, ya que retornamos a la escuela de la Tierra hasta aprobar todas las asignaturas. Craso error es sentir un desmesurado apego hacia el país que hemos nacido, creyéndonos tan superiores que lleguemos a menospreciar u odiar a los

demás, por el color de su piel o el lugar de procedencia, cuando la realidad es que hemos pertenecido a todas las etnias, animando cuerpos de distinto sexo y formando parte de las más diversas posiciones sociales.

A la mente de Dora acudieron, como un borbotón, unas frases que, cual caños procedentes de un mismo manantial, apagaban la sed de su constante indagar.

El Bhagavad Guita, cita: "Las virtudes conducen a la liberación de la mortalidad y a la unión con Dios. Los vicios obligan a repetidos renacimientos en la ciénaga de la mortalidad. Las virtudes conducen a la emancipación; los vicios a la esclavitud".

Una enseñanza budista, dice: "Es norma de la naturaleza que lo que se siembra es lo que se cosecha".

"Las aflicciones no son, muchas veces, más que beneficios disfrazados. La adversidad es la que ejercita a los hombres". Smiles.

"Cada alma atrae lo suyo y nada le llega que no le corresponda". James Allen.

"... y con la medida que midáis se os medirá". (Mt 7, 2)

## LA SENDA ILUMINADA

En su diálogo interior, Dora se complacía en recordar que el camino hacia la cumbre está señalado por infinidad de rutilantes luces indicadoras. Nadie puede errar la senda si presta atención a las advertencias de los grandes Maestros y a sus más esclarecidos alumnos. Personajes ejemplares han desfilado por la historia, emitiendo sanos juicios y abogando por el recto proceder.

Obligado es repetir unas comprometidas palabras de Jesús, según Mateo, que encierran un alto significado. "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan..."

Sócrates enseñaba a no desdeñar a persona alguna, diciendo: "Nuestras oraciones deben encaminarse a la prosperidad de todos porque los dioses saben muy bien lo que particularmente nos conviene".

Decía Pitágoras: "Halla la felicidad en poca cosa. Perdona las debilidades humanas".

El budismo declara: "El rencor nunca acaba con el odio. Sólo el amor termina con él. Esta es una ley eterna".

De J. Bálsamo nos llega la consoladora frase que abre la puerta a una esperanza cierta. "Para Dios nunca es tarde, porque nunca anochece en su día infinito".

La humanidad, un día, habrá de avergonzarse de su ingratitud hacia toda enseñanza, por humilde que sea, expresada con el noble intento de invitar a sus congéneres a iniciar el propio crecimiento moral.

El tropiezo y la inevitable caída es la consecuencia de caminar con los ojos cerrados. Permanecer, por indolencia, atrapados en el profundo letargo y abandono de inquietudes espirituales, no hace más que retardar la evolución individual y colectiva. Vivir sin esperanza, cual enfermos terminales, impide vislumbrar horizontes de mayor relieve, y dificulta el tránsito por este mundo.

Inevitablemente, los más acérrimos detractores de la espiritualidad, tras la muerte física, comprobarán sorprendidos, que somos inmortales. Es el rotundo triunfo de la eterna verdad sobre la inexistente muerte definitiva.

Dora sonrió con honda satisfacción, ella jamás había claudicado ante la idea de reducir la vida a una única y efímera estancia en este planeta, sin una continuidad imperecedera. La razón nos dicta que venimos de un Amor sin límite.

Sin Amor no existiría la Creación. El Amor es la esencia de la Causa primera, la Energía que fecunda Vida Eterna.

El Amor no adolece de nada porque es el todo.

El Amor orada y reblandece al espíritu más duro, y una vez instalado en él, se transforma en fraterno abrazo universal.

El Amor es el potente sentimiento que cuando cautiva, libera de egoísmos y vanidades.

El Amor aleja el frío de las almas enfermas y les devuelve el calor de la Vida.

Junto al Amor germina, esplendorosa, la semilla del Bien, por eso el ser que ama despide generosidad y perdón.

El Amor es el fuego que purifica, sofocando deficiencias y encendiendo ansias de progreso.

El Amor es luz que guía a las almas hacia la sabiduría.

La fuerza vigorosa del Amor invade a toda criatura que consienta ser arrebatada por el éxtasis de saber que es hija del Creador.

Igualada, 28 de Noviembre de 2000.